

EL RELATOR



Cuaderno de relatos de
www.elyunquedehefesto.com

núm. 1

septiembre 2021

SUMARIO

Editorial 3

RELATOS

FANTÁSTICOS

Schlitze (Javier Quevedo Puchal) 7

La soñada (Carlos Pellín Sánchez)..... 11

10-10 (Antonio López Sousa)..... 18

La casa (Román Sanz Mouta)..... 32

Solo viene cuando tiene hambre (Santiago Eximeno) 42

LETRAS CRIMINALES

¿No es un día seductor? (P. L. Salvador)..... 49

CONTEMPORÁNEA

La equivocación en directo (Javier Serra) 61

Aquella granja en el desván (Björn Blanca Van Goch) 65

DE AFRODITA

El ritual de los infieles (Dioni Arroyo) 71

Mujer (María José Contador) 83

EN VERSO

Delirios (Morrigang)..... 87

ARTISTAS GRÁFICOS

José María Peña Peña..... 93



EDITORIAL

Al cumplirse un mes de su puesta en marcha estamos de celebración. La web de relatos **elyunquedehefesto.com** es una realidad. Nos sentimos muy orgullosos de todos los participantes, pues sois en realidad los responsables de que hayamos comenzado con un elevadísimo nivel, así que para felicitaros aquí está *El relator*, un cuaderno que recoge mensualmente los textos publicados.

Si aún no habéis visto publicado el vuestro, no desesperéis. Puede que lo hayamos seleccionado y vea la luz más adelante. Y si no es así, aceptad el reto y volved a intentarlo. Mejorad y mejoraremos. Creceremos juntos. Con vuestro esfuerzo le dais sentido a nuestro trabajo consiguiendo hacer realidad un sueño: dar voz a todos aquellos que os gusta escribir o dibujar, sobre todo a los que no habéis publicado aún.

Así que, una vez más, gracias.

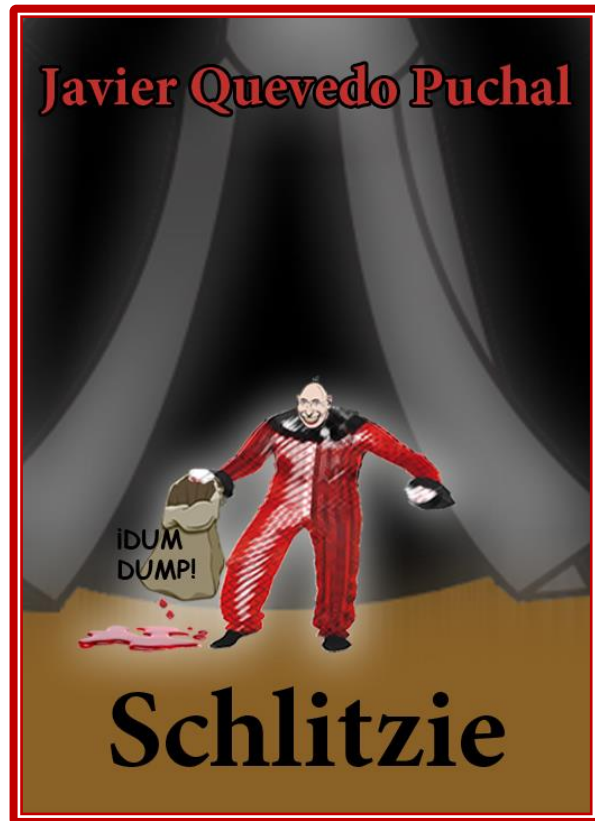


RELATOS FANTASTICOS

La platea vibró cuando Friederich anunció la llegada al escenario de «El Increíble Schlizte». Tras el telón negro, Olga contuvo el aliento. Cada vez se volvía más difícil contentar a la audiencia, las cosas ya no eran como antes. Durante el último año, habían tenido que ir prescindiendo de artistas de gran talento, desde payasos hasta trapevistas, y todo para atender las nuevas preferencias. A la gente ya no le interesaba el arte, sólo la morbosidad. Los grandes números de magia no despertaban expectación: dales un

perro salvaje devorándose a sí mismo o una pareja de siameses practicando sexo y conseguirás las mejores ovaciones de tu vida. Schlitze avanzó por el escenario con sus características zancadas. Llevaba el vestido estampado de flores con que Friederich, el marido de Olga, pretendía acentuar aún más el parecido con el entrañable microcéfalo de La parada de los monstruos. Incluso llegaron a afeitarse la cabeza hasta sólo dejar una ridícula coleta en punta. Y sin embargo, poco más emparentaba a la copia con el original, si bien el origen de ambos era casi igual de incierto. Lo único que sabían era que una mujer (quizás su madre, ¿aunque quién podría asegurarlo?) lo cedió a un circo sin pedir ninguna retribución económica. A partir de ahí, la vida de Schlitze se convirtió en el juego de la patata caliente: cada cierto tiempo, era abandonado en algún páramo, hasta que otro circo itinerante lo encontraba, lo explotaba durante una temporada y acababa dejándolo otra vez a su suerte.

Olga y Friederich lo encontraron en el mejor momento posible. Habían oído los rumores, pero ninguno los intimidaba. A fin de cuentas, era tiempo de cambios y «El siniestro Schlitze» (como se lo conocía en el sector) se revelaba como una joya aún por pulir. La mayoría de gente sentía inquietud ante aquella sonrisa burlona y, en efecto, no eran pocos los que sostenían que su retraso mental era de



todo punto fingido. ¿O cómo explicar que, pese a su dificultad para coordinar el lenguaje, tuviera semejante capacidad de retención? Schlitze era una esponja, capaz de aprender cualquier trabajo y ejecutarlo con total limpieza. Quizás por eso nunca se repitió en los distintos circos por los que fue pasando: era el comodín perfecto, el tacaño con el que calzar las mesas cojas. Cuando cayó en manos de Olga y Friederich, se decidió que perpetuaría el famoso truco de magia que popularizó el otro Schlitze. No era gran cosa, de hecho, más bien un truco ridículo. Pero al fin y al cabo, no era el truco lo que vendían, sino el mago de poco más de metro de altura, cabeza anormalmente pequeña y vestido grotesco.

Friederich esperó a que Schlitze ocupara su sitio en medio del escenario y sólo entonces volvió tras el telón. Abrazó a Olga mientras los aplausos y risas guasonas inundaban el auditorio. No me digas que sigues enfadada, corazoncito. Te dije que, a partir de hoy, todo irá a mejor. Olga lo escuchó con escepticismo. Difícil veía que las cosas mejoraran cuando la raíz de sus problemas, de su distanciamiento, estaba ahora mismo en la palestra. Nada había que enterneciera más a Friederich que el dinero. Los ojos le hacían chiribitas con su gran atracción y lo que con ella conseguiría. Lo estimulaba el factor sorpresa. Seguramente, los allí presentes se conformaban con ver al engendro, no esperaban mucho más. Se reírían cuando sacara el saco vacío y lo mostrara al público. Corearían a la persona seleccionada de entre el público para salir al escenario. Y los que tuvieran más memoria, quizás experimentarían un pequeño *déjà-vu* y anticiparían lo demás: la persona seleccionada pasando la mano por encima del saco, Schlitze introduciendo después la suya y, por fin, extrayendo unos enormes calzones como aparecidos de la nada, que le provocarían una tremenda hilaridad contagiosa. Sin duda, un número sencillo, ridículo, pero eficaz incluso un siglo después de su invención. Por suerte, el circo tenía algo más que ofrecer. Algo que, como buen truco de magia, superaba las expectativas del público más experimentado.

Olga, sin embargo, no se mostraba tan optimista. Su marido prefería soslayar toda reticencia, pero ella seguía teniendo la impresión de que algo no cuadraba en Schlitze. No sólo era su ánimo taciturno, ni tampoco su macabro número de magia, ni mucho menos aquella incómoda sensación de no saber nunca lo que le pasaba por la cabeza. Era más bien el modo en que sus risitas eternas se conge-

laban bajo una perturbadora sonrisa durante la revelación final de su número, cuando metía la mano en el saco y extraía la gran sorpresa. A Friederich, por su parte, poco le importaban los vaivenes anímicos de su nueva gallina de los huevos de oro. Lo que sí llegó a obsesionarle, en cambio, era cómo se las ingeniaba su pequeño mago para nunca extraer del saco dos veces la misma cosa. Durante el primer ensayo, sorprendió a todos no con los enormes calzones que esperaban ver materializarse, sino con una cabeza de pollo que aún parpadeaba, como si hubiera sido arrancada de cuajo. Y cada vez, los estremecía con algo nuevo: unas tripas humeantes, una cola de gato que todavía se agitaba, incluso un pedazo de cuero cabelludo... Cosas que desconocían de dónde sacaba; y en las que, no en vano, nadie quería indagar demasiado. Nadie excepto Friederich, por supuesto, que pasaba tantas horas con su adquisición que más de una vez llegaba a perder la noción del tiempo.

Schlitze extrajo el saco y señaló aleatoriamente a alguien de la platea. Después, giró la cabeza y miró al lado del telón donde estaban sus propietarios. Olga apartó la vista. Hacía semanas que no era capaz de sostenerle la mirada. Le daban igual los argumentos que esgrimiera Friederich diciendo que sólo era un pobre hombrecillo buscando lo mismo que todo el mundo: amor y comprensión. Desde luego, no era comprensión lo que ella veía tras aquella sonrisa congelada. Y todo el amor del que lo creía capaz se limitaba a un sentido posesivo y territorial más propio de un animal que de un ser humano. Friederich se reía cuando ella insinuaba que Schlitze se había encaprichado, que le dejaba pajaritos muertos como obsequio a la puerta de la caravana o que la espiaba a todas horas. Cariño, tú eres capaz de poner cachondo hasta a un perro disecado, bromeaba. Sin embargo, ella seguía sin verle la gracia. Cada vez, menos. Que su marido pasara más o menos tiempo con ella, era irrelevante. Simplemente, no le gustaba Schlitze. No le gustaba su sonrisa. No le gustaba cómo la miraba. Y sobre todo, no le gustaba cómo miraba a Friederich.

El espectador invitado al escenario, un joven de no más de veinte años vestido como si tuviera el doble, fue acoplándose a las risas del pequeño mago. Los vítores y jaleos del público parecían haber animado a ambos, pues empezaron a balancearse en un ridículo baile más o menos coordinado. El ritual dio comienzo según lo previsto. Schlitze abrió el saco vacío y lo mostró tanto a su ayu-

dante espontáneo como al público. No hizo falta que nadie más interviniera, dado que no había instrucciones que transmitir. Schlitze se hizo entender tomando directamente la mano derecha de su ayudante espontáneo y haciendo que la pasara por encima del saco. Las risas se multiplicaron como respuesta a una mueca del joven, que Olga no pudo distinguir bien desde donde estaba. Los últimos estadios del número se sucedieron con la rapidez y eficacia habituales. Schlitze metió la mano con decisión en el saco, lo agitó bruscamente durante unos segundos y, por fin, extrajo la gran sorpresa: un corazón humano todavía humeante. El público se deshizo en una calurosa ovación, mientras Olga notaba cómo el abrazo de Friederich se iba aflojando poco a poco, hasta que se desplomó a su lado.

Sólo Schlitze parecía haber reparado en lo que ocurría tras el telón. Se giró y, dando la espalda a la platea, extendió la mano hacia Olga como si quisiera regalarle algo: en la palma, el corazón aún palpitante de Friederich; y detrás, una sonrisa congelada.

Javier Quevedo Puchal

La noche pasada te encontré en mis sueños.

La realidad, cruel y absoluta, llega a alcanzarme incluso cuando consigo dormir. Los paisajes oníricos siempre aparecen grises, anodinos. Se entremezclan con la sensación de las sábanas enredadas; con el sudor frío y las calenturas; con los latidos resonantes en mis tripas; con la vida desperdiciada en una rutina impropia cada vez más inflexible.

Caminaba por entre las sombras de un páramo neblinoso donde apenas podía ver lo que había frente a mí; tan sólo distinguía siluetas de ciclópeos árboles deshojados y faltos de vida. Al igual que esos árboles, mi ser también carecía del brillo, de la animación. Notaba cómo mi espíritu se marchitaba hoja a hoja; a poco tardar sólo quedaría de mí la deslucida corteza de mi cuerpo.

Un tiempo indeterminado después, desde la bruma surgió un sonido regular y algo hueco: un trocotroc lejano y metálico. Asustó a la niebla eterna, fui capaz de ver un camino polvoriento y antiguo. A lo lejos, inalcanzable a la velocidad del pensamiento, se revelaban un millón de luces brillantes resguardadas en edificios de construcciones extrañas, alienígenas; distintas. El trocotroc cesó y regresaron las brumas. De nuevo, la desesperanza gris llenó mis entrañas físicas y mentales; sabía que nunca jamás volvería a ver aquel brillo.

Aunque, a pesar de ello, brillaste.

Una silueta se fue perfilando; arrebatava la informidad inexorable de la niebla y la tornaba en algo definido; en una figura menuda y esbelta, viva, luminosa.

Llegaste a mí vestida con ropas negras y harapientas sobre tu piel blanca, tan reluciente que emborronaba tus rasgos armoniosos.



Avanzaste y, con total naturalidad, descansaste tu cabeza sobre mi pecho; mi corazón palpitó con la bendita fuerza del sosiego. Tus cabellos oscuros ondeaban al son de una brisa imperceptible; los tocaba con temor de quebrar su delicadeza. Luego te apartaste un poco de mí y me sonreíste con la familiaridad de los extraños. Me dijiste algo que no entendí, y yo, arrobado por tus enormes ojos negros, dije algo que no recuerdo.

Entonces, me despierto.

Miro el despertador: demasiado pronto para ponerse a desayunar, demasiado tarde para echarse a dormir otra vez. Suspiro y me levanto. Atravieso la sala de estar sin encender la luz; mis piernas atontadas se enganchan ligeramente con la falda de la mesa camilla. De una zancada me zafo y llego hasta el balcón, muevo la persiana que hace de puerta hasta dejarla en diagonal, entro agachado y, con cuidado de no hacer ningún ruido para no alertar a la vecina, la apoyo de nuevo en la pared. Me acomodo en la silla de plástico de mis insomnios y contemplo el trozo de cielo grisáceo no invadido por paredes ni por cables de electricidad. Durante un rato, las tenues estrellas me parecen brillantes porque pienso en ti.

Pronto, la ilusión de tu sueño se va desvaneciendo de mi memoria. Cuando tan sólo eres un pequeño recoveco en mi mente y corazón, me viene encima todo lo que debo hacer mañana: las cuatro reuniones con clientes que me tratarán como un esclavo, lo cansado que estaré al mediodía, lo nervioso que me pondrá el café de obligada consumición, el atasco para salir y el sudor que me fusionará la piel al asiento de mi coche, la compra semanal en el supermercado de mala calidad, adecuado para mi sueldo de mala calidad, los pantalones incómodos que tengo que planchar y ponerme al día siguiente, el horrible programa de televisión que me aburrirá hasta ponerme tan nervioso que me tocará caminar un par de horas bajo las luces amarillas de la noche, los grupos de gente metida en sus asuntos que no se percatarán de mi presencia, y que despreciaré porque no lo hacen...

Coloco las piernas en el suelo. Me levanto de la silla y me resigno a volver.

En el último instante, me detengo.

Por el rabillo del ojo percibo un movimiento; en el edificio opuesto al mío, reflejado en las ventanas oscurecidas de una planta inhabitada, hay algo. Sorteó las rayas y raspones de los cristales hasta que al final lo veo: el rostro de un hombre pálido. Sus pupilas insoldables y borrosas me atraviesan el pecho y el espinazo y la cabeza. Grito.

Te busca.

La vecina de al lado sale al balcón contiguo y pregunta qué ocurre, yo la ignoro. Mantengo la vista fija en el hombre pálido hasta que mis ojos lagrimean implorando que los cierre; luego de unos segundos dolorosos, vislumbro sus manos blancas y ganchudas apoyadas sobre la cornisa de la azotea de mi finca.

Cierro los ojos, los vuelvo a abrir. Dejo que las averiguaciones de mi vecina las conteste el aire. Entro, paso a la sala de estar; la falda de la mesa camilla intenta detenerme de nuevo; no lo consigue. Llego al recibidor, me pongo la chaqueta sobre el pijama, rebusco entre los trastos de la mesita, encuentro mi llave, la agarro con torpeza y salgo de mi piso. Cierro la puerta, el choque de la madera contra la jamba provoca una tormenta de ecos en el interior del edificio; sé que la vecina está escuchando detrás de la puerta, no me importa.

Detengo mi mano justo antes de pulsar el interruptor de la luz del descansillo. Sumido en las tinieblas y el frío polvoriento, me sobrevienen recuerdos del páramo neblinoso del sueño.

El lugar donde me deslumbraste.

Avanzo a oscuras, tocando las paredes, ignorando la línea vertical que alumbra el interior del ascensor. Tomo el camino de las escaleras de subida.

Mi corazón golpea pesaroso de esperanza. Apoyándome en el pasamanos pegajoso pujo uno, dos, tres pisos, el cuarto me pesa en las piernas, el quinto es una pila de apneas y repizcos en la panza, al prender el sexto, me postro en el último peldaño.

Tardo lo mío en volver a respirar correctamente. Siento el helor subir por mis posaderas y muslos, mi chaqueta sudada empieza a enfriarse. Me levanto a través de una multitud de pinchazos en mis muslos y pantorrillas. La luz que exhala la rendija de la puerta de los del sexto me permite ver la chapa metálica que da acceso a la te-

rraza. Despacio, subo los tres escalones restantes. Giro la manivela de aluminio y tiro, la hoja renquea. Poso mis pies sobre los ásperos ladrillos de la terraza. Al segundo paso, me reencuentro con el sueño.

El cielo gris onírico se mezcla con el gris del firmamento de la ciudad en una masa de amorfo desinterés. La linde de la terraza se fusiona con la niebla, la cuartea en una superficie poligonal también gris, también eterna. La chatarra que dejaron los vecinos del último piso se encrespa; forma los árboles secos y muertos tan parecidos al futuro que me aguarda. En medio de todo esto, el hombre de rostro pálido se encara conmigo.

Irguiéndose tan alto como inexorable, envuelto en un manto de seda entremezclada con lo que solamente puedo definir como galaxias, el hombre de rostro pálido posa sus ojos multicolores sobre mí. Estremeciéndome, pregunto quién es. El hombre de rostro pálido no habla, no gesticula, pero se hace entender, y entiendo.

Se llama Sonumbros: hijo de Melusina, nocturno supremo de Penumbra, emir de las Sombras, archiduque del Subconsciente y emperador de la Ultraconsciencia. Sus dominios se extienden por el norte, por el sur, por el este, el oeste y el hiperoeste: la fuerza inquebrantable de sus ejércitos multifacetados es la ley.

En una ciudad de geometría incomprensible se alza el palacio de Sonumbros. Veo a hombres verdosos sobre sextantes biomecánicos, vigilan el movimiento de las esferas y de las fluctuaciones geopolíticas de los pocos mundos todavía por conquistar; oigo las músicas hipersónicas de los compositores de las razas de hipoxia, los olores sagrados del templo de Sakad, el de los mil lamentos, el bullir de las sesiones de filosofía de la orden Cerebral...

Sonumbros cambia la escena. Me encuentro en un jardín repleto de árboles acristalados. Allí, pájaros de colores vibrantes cacarean melodías de armonías quiméricas, casi enloquecedoras. Alrededor de flores holográficas yacen hermosas mujeres de razas imposibles. Entre ellas hay una chica menuda y esbelta. La chica no lleva las sedosas y brillantes ropas de las otras mujeres; todavía conserva la indumentaria oscura de su oficio de ladrona. Un juez ordenó cortar su cabeza, pero Sonumbros la descubrió en el cadalso antes de que el

verdugo bajara el alfanje. Vio sus ojos negros desafiantes; le gustó la batalla que presentaba.

Contempló su pasado. La sangre de la chica pertenecía al orgulloso reino de la Buena Gente, Las hadas poderosas y ancianas cuyo cuerpo y nombre Sonumbros borró de toda existencia. Esta chica era hija de una de ellas, la tercera en la línea de sucesión. Sobrevivió porque unos sirvientes trasgos se compadecieron de ella y se la llevaron antes del pillaje de las tropas del nocturno. Desde entonces vivió como un trasgo, pero el tiempo la hizo demasiado vistosa para su oficio.

El nocturno Decidió que, ya que era su derecho de conquista, sería su nueva adquisición.

Exclamo al reconocer tu cuerpo esbelto, tu hermosa melena, parte de tu cara dulce y tus enormes ojos oscuros. Las mujeres a tu alrededor intentan adecentarte, tú no lo consientes y te pones a llorar. Ellas te dejan estar por el momento; saben que finalmente aceptarás tu destino.

Pero no lo aceptas.

Transcurre el tiempo. Las mujeres duermen entre cojines de plumas y alfombras de piel de dragón. Unos soldados de aspecto simiesco vigilan las propiedades de Sonumbros con espadas envainadas. Pasan a tu lado sin prestarte atención porque finges tener los ojos cerrados. Tú, que te has dejado las ropas de ladrona puestas bajo la suave manta de algodón, te escabulles por el ventanal cuando se marchan del jardín. Sin ser vista te diriges hasta las cuadras, donde robas el más veloz corcel del nocturno y te alejas con él a galope tendido.

Cabalgas por Penumbra durante días oscuros y noches aún más oscuras. El corcel te lleva hacia el sur. Llegas a un lugar donde las nubes de nada rodean pequeñas galaxias inestables; son los sueños de los durmientes, se forman y se retuercen hasta morir en un caótico baile de tormentas. Te adentras allí sabiendo que es tu última oportunidad, sabiendo que la vida que te espera es lo peor que podría pasarte.

En el mismo instante en que me encuentras, desapareces de Penumbra. Sigues la estela de mi sueño, te agarras a ella, escapas.

Como todo lo bueno que me ha pasado en la vida.

Regreso a mí mismo. Sonumbros me observa con un desapego aterrador. Sin poder evitarlo le respondo que no sé dónde estás. Sonumbros avanza hacia mí, sus manos engarfiadas sujetan las solapas de mi chaqueta.

Sus ojos se clavan en los míos y mi corazón entiende; se quiebra un millón de veces al percibir los sentimientos de una infinidad de seres de mundos extraños. Todos tienen una cosa en común: la soledad, la desesperanza, la demanda de algo que nunca se conseguirá pero que, sin embargo, se sigue esperando.

Me pregunta dónde estás.

Te has escapado.

Mejor.

Los rayos del sol me despiertan. Unas nubes se asoman a través de los edificios sin color de la manzana, donde pájaros deslucidos gritan histéricos al amanecer. Permito que el día me quite de los ojos las pesadillas, y los sueños.

Me levanto con dolores en todo mi cuerpo. Bajo por el ascensor sin saludar a ninguno de los vecinos que se han montado conmigo y que preguntan cosas que no logro oír. Cuando llego a mi planta, salgo y entro a mi piso. Me meto en la ducha durante media hora; me quito la suciedad de mi piel, la que sé cómo limpiar. Al salir miro el despertador. Todavía tengo tiempo para desayunar, para vestirme, sacar el coche del aparcamiento, poner la segunda, girar hacia la izquierda, llegar a cuarta marcha, enfilarse hacia la autovía, donde el gris de la carretera me recordará la esperanza rota de esta noche, llegar a mi trabajo, volver a esperar algo que sé que nunca más sucederá...

Oigo ruidos en la sala de estar: un crujido de algo de madera, el susurro de un tejido.

Corro. Mis pasos retumban en el piso torpes, pesarosos, esperanzados.

Estás asomada bajo la falda de la mesa camilla, me miras con tus ojos grandes y arrobadores. Me preguntas algo en un idioma que no

comprendo, yo asiento con la cabeza. Sales tímidamente de tu escondrijo y me saludas con una sonrisa que ilumina el gris de las fachadas de enfrente, el gris del cielo y el gris de mi corazón.

Entonces te digo:

-Hola, mi soñada.

Carlos Pellín Sánchez

El despertador cerebral sonó a las 06:20, como sonaba todos los días.

No era el típico sonido estridente, pensado para desvelar hasta el más profundo de los sueños, sino el suave canto ascendente de pájaros en un bosque. Muy relajante y melódico. Ideal para desterrar los encantos de Morfeo sin el menor atisbo de brusquedad.

Lolo abrió los ojos y se incorporó como si un resorte le empujara hacia arriba. Se quedó sentado en la cama, observando los haces de luz que se filtraban a través de la persiana de bambú y que iluminaban

las furtivas motas de polvo que flotaban en la atmósfera. Como cada día, desde el piso de arriba le llegó el inequívoco sonido de la cisterna de Dorotea, que también comenzaba su rutina diaria. Al igual que el señor Cheng, cuyos gritos, dos pisos más abajo, resonaron como resonaban siempre a esas horas... O a todas, a decir verdad, porque el señor Cheng se pasaba los días gritando al aire en su triste soledad, hablando consigo mismo o con viejos familiares desaparecidos hacía ya mucho tiempo. La puerta del piso de Criso se cerró con un fuerte golpe cuando salió para el trabajo. Criso era bastante bruto, pero un buen tipo con el que solía intercambiar algunas palabras por las noches en el Tri-Bit mientras miraban absortos algún partido de la Liga Androide y se tomaban un par de cervezas. El secador de pelo de Tess, una joven que tan solo llevaba un mes en el edificio, sonaba lejano mientras también ella se preparaba para un nuevo día.

Se levantó y con un simple movimiento apagó los suaves trinos de su despertador, que todavía acunaban sus oídos. Se dirigió a su armario y se enfundó unos pantalones vaqueros, una camiseta básica negra y una sudadera del mismo color con el isotipo de la paz en



blanco sobre la pechera. Dudó con el calzado, pues los entresijos de la moda no eran su fuerte, pero al final se decidió por unas sencillas deportivas verdes. Se acercó a la única ventana y subió la persiana de bambú para dejar que el sol entrase en toda su plenitud. Al otro lado del patio interior, a apenas unos metros, vio a Zezé sentada a la mesa de su cocina, saboreando su cena, pues ella trabajaba de noche en una casa de alterne y sus ritmos diarios llevaban caminos completamente opuestos. Ella le saludó con una sonrisa cansada cuando se percató de su escrutinio y él le devolvió el saludo con timidez, como siempre hacía. No sabía porqué, pero con ella parecía que se volvía idiota, sobre todo cuando notaba posados sobre él sus grandes y verdes ojos de androide. Porque sí, Zezé era una androide... O quizá debería decir ginoide... En todo caso: era lo más hermoso que había visto en toda su vida.

Tras unos segundos con la mano levantada, la bajó con torpeza, se apartó de la ventana y abrió la nevera. Cogió una tarrina y la metió en el materializador. Mientras esperaba, observó en la unidad de control del aire acondicionado que la temperatura era más elevada de lo normal, como si se hubiese vuelto a estropear. Así que se asomó por la ventana, saludó de nuevo a Zezé con una sonrisa estúpida y se cercioró de que la unidad exterior estaba parada. Y lo estaba, como tantas otras veces antes. ¿Tan complicado era arreglarlo o cambiarlo por uno nuevo? Aquel viejo trasto que fallaba como una escopeta de feria ya no podía dar más de sí y se iba haciendo imprescindible sustituirlo. Tendría que hablar con el señor Cheng muy seriamente... Una vez más.

El timbre del materializador lo sacó de sus pensamientos y le avisó de que su desayuno estaba listo. Cogió la tarrina, rebosante de un mejunje con muy mala pinta, y se sentó en la mesa mientras pensaba en su vida y en las ganas que tenía de romper aquella rutina para irse de vacaciones durante al menos un año. Se llevó la primera cucharada a la boca y pasó la mano izquierda por la mesa, que de inmediato se encendió para conectarse a la red. Consultó imágenes y opiniones sobre Nova Caelonauta, la colonia de vacaciones que le gustaría visitar en la Gran Nube de Magallanes, y luego comprobó en el Ministerio de Movilidad el estado de su solicitud para poder realizar el viaje. «En proceso», ese era el mensaje que siempre había aparecido en pantalla durante el último mes. A veces aborrecía la proverbial lentitud de la burocracia.

Antes de salir de casa se atusó el cabello y cogió el libro que descansaba sobre la consola de la entrada. En el rellano se encontró con Ahmed, su vecino de enfrente, que salía para el trabajo. Se suponía que era analista de inversiones, pero sabía por el señor Cheng que debía cuatro meses de alquiler, así que tenía muy claro que nunca le pediría consejo si algún día se plantease invertir parte de sus ahorros. En las escaleras se encontró con Tess, que le saludó con alegría y conversó con él hasta que se detuvo ante la puerta del señor Cheng para llamar algo cohibido, pues no le gustaba hablar con él. El casero abrió soltando un prolongado y desagradable grito, como siempre hacía, pero reunió el valor suficiente para pedirle de forma muy educada que le arreglase el aire acondicionado, que quizá volvían a ser los filtros que estaban obstruidos o una nueva fuga del refrigerante. Pero lo único que obtuvo por respuesta, además de muchos aspavientos y una cantidad incontable de gruñidos, fue un descarado «¡Y a ti qué más te da! ¡Ya lo miraré!».

Salió a la calle notablemente indignado. «¿Cómo que «y a mi qué más me da»? Pago un alquiler para algo, ¿no?», meditaba indignado. Y mientras pensaba en la próxima conversación con el señor Cheng ni siquiera fue consciente de que el sol ya abrasaba las calles a aquellas tempranas horas de la mañana. Llegó a la boca del metro y comprobó que alguien había roto el lector de implantes de transporte y las barras del tornó, de modo que, al menos por un día, el viaje hasta el trabajo le saldría gratis.

Ya en el vagón del metro abrió su libro y comenzó a leer, notando que la gente lo miraba con gesto extrañado porque eso de leer en papel era una rareza digna solo de locos o excéntricos. O de locos excéntricos, que todavía era peor. Por eso la gente evitaba sentarse a su lado, dejando irremediabilmente vacíos los asientos a su lado.

Después de diez horas de trabajo regresó a su barrio —esta vez pagando el metro— y se acercó al Tri-Bit para tomarse unas cervezas, conversar algo con Criso y abstraerse de su rutinaria realidad mirando el partido. Allí estaría Zezé, su hermosa vecina de grandes ojos verdes, que siempre se tomaba algo antes de ir a trabajar. ¿Cuánto costaría pasar una noche con ella? ¿Y si...? Pero no, él no quería eso de ella... Bueno... Sí, también quería eso, pero no era lo principal. Porque por encima de cualquier otra cosa, lo que le encantaría sería mantener con ella largas conversaciones cara a cara para

disfrutar de su voz, de su intensa mirada, de su sonrisa deslumbrante, de su aroma embriagador... No podía negar que estaba loco por ella.

El ambiente estaba algo más caldeado de lo habitual esa noche en el sórdido bar. En un corrillo junto a la barra, Criso — más activo de lo normal —, Lisbeth — la camarera de cabeza rapada y cuerpo cubierto de tatuajes — y la propia Zezé, discutían acaloradamente sobre las implicaciones de una nueva ley que la Ministra de Interior quería aprobar en un plazo récord. En resumen, lo que pretendía la Ley Off, como la llamaban ya de forma popular, era obligar a implantar un chip de «apagado de seguridad» en todos los modelos de androides existentes y en todos los que se fuesen a fabricar a partir de ese momento. Es decir, pretendía revertir de una forma irreparable las relaciones entre humanos y androides, como si estos últimos supusiesen una amenaza para los humanos por el simple hecho de ser androides.

Entre copas y cervezas, Criso relativizaba la cuestión, como buen humano, pero Lisbeth y Zezé, ambas ginoides, protestaban con vehemencia contra tal medida. A él lo metieron en la conversación, aunque habría preferido mantenerse al margen, pero como no estaba informado sobre el asunto se escudó en que no podía dar opiniones razonadas, lo que provocó un sonoro resoplido de disgusto por parte de Zezé. Pero sí se atrevió a decir, en un patético intento por contentar a su bella vecina, que el hecho de implantar en cada androide lo que en realidad no sería más que un «interruptor», le parecía profundamente injusto e incluso moralmente reprochable. ¿Por qué no le implantaban también uno a los humanos, o es que ellos no suponían ningún peligro? ¿Por qué los androides podían ser desconectados mientras que los humanos podían seguir gozando del libre albedrío para hacer el bien o el mal? ¿Acaso los androides no trabajaban y contribuían con sus impuestos tal y como hacían los humanos? ¿Por qué no podían tener los mismos derechos?

Esas fueron las preguntas que se fue haciendo de camino a casa. Y con cada una de ellas la imagen de Zezé, argumentando con pasión contra la injusta ley, le venía a la mente para recordarle que apenas la había oído mientras admiraba su artificial belleza y se imaginaba disfrutando de Nova Caelonauta junto a ella. ¿Acaso ella estaba menos viva que una humana? ¿Se asemejaba, aunque solo fuese de

forma lejana, muy lejana, a una vulgar máquina? ¿En qué se diferenciaba de una mujer de carne y hueso además de en el tamaño de sus fabulosos ojos verdes y el color azul de su sangre? A él le parecía una oda a la belleza que rebosaba vitalidad. A él le resultaba la mujer —o la ginoide— más deseable de todo el Universo. No concebía ningún motivo razonable por el que le tuviesen que implantar ese maldito «interruptor».

Al llegar a casa comprobó con desagrado que el señor Cheng no le había hecho ni caso y que su aire acondicionado seguía sin funcionar. Se sentó a la mesa y se conectó a la red para informarse sobre la Ley Off. Como ya había supuesto, era una ley segregacionista e injusta que lo único que iba a lograr era traer problemas al sumir a los androides en un estado que recordaba con tétrica claridad a la esclavitud. Y para colmo de males, debería ser aprobada por un parlamento formado única y exclusivamente por humanos. Y como había dicho Zezé: ¿dónde estaba entonces la imparcialidad? ¿Quién iba a defender sus intereses?

No, la Ley Off no era justa. Los androides no se merecían ese trato después de su notable contribución a la expansión humana por al menos una treintena de galaxias. ¡Una treintena! ¿Y ahora les pagaban así?

Fue en lo último que pensó antes de dormirse.

Los pájaros lo despertaron a las 06:20.

La cisterna de Dorotea, los gritos del señor Cheng, los portazos de Criso y el secador de Tess le dieron los buenos días como cada mañana. Al subir la persiana disfrutó con la sonrisa cansada y el saludó sosegado de Zezé, al otro lado del patio de luces. Se preparó el desayuno y comprobó su solicitud: «En proceso». Las noticias hablaban de un grupo de androides que protestaban frente a la gran torre de la sede gubernamental, pidiendo igualdad de derechos para los androides y la eliminación del proyecto de la Ley Off. Se hacían llamar Libertad Androide, y prometían grandes movilizaciones si no se paralizaba la ley.

En las escaleras se encontró con Tess, con la que se saludó de forma algo menos efusiva de lo normal, y en la puerta del señor Cheng recibió el mismo trato del día anterior. En la calle hacía un calor que

derretía el asfalto, pero tampoco fue consciente esta vez. No fue capaz de leer en el metro mientras pensaba en todo lo que aquella ley podría llegar a suponer y siempre, de forma invariable, pensaba en Zezé y en cómo viviría ella si le implantasen ese chip que la convertiría poco menos que en una esclava sin derecho a protestar y bajo la constante amenaza de ser apagada... ¿Apagada? No, mejor sería llamarlo por su verdadero nombre: asesinada.

Por la noche, en el Tri-Bit, la discusión del día anterior prosiguió, esta vez con más miembros como Kurt, un tipo poco agradable que regentaba un negocio de apuestas ilegal, y Host, un androide de grandes ojos marrones que trabajaba en el sector de la seguridad. Entre más copas y cervezas, la discusión fue ganando en intensidad mientras se hacían preguntas con respuestas que nunca eran unánimes: ¿puede morir algo que no ha nacido? ¿Un androide muere o se apaga? ¿Y si lo apagan: es asesinado? ¿Lo operan o lo arreglan? ¿Pueden desarrollar sentimientos o son solo réplicas de la conducta humana programadas en sus sistemas operativos? ¿Son seres sentientes y racionales que deberían poder presentarse a unas elecciones para formar parte del parlamento? Zezé era la más vehemente en sus argumentaciones —eso solo hacía que la admirase todavía más—, aunque Lisbeth no le iba a la zaga. Host era algo más apagado. Por contra, Criso y Kurt usaban argumentos superficiales para dar a entender que entre humanos y androides había más diferencias que semejanzas, que unos eran seres orgánicos fruto de una evolución y otros el resultado de un proceso de fabricación: ¿acaso un androide nace, tiene infancia, adolescencia? ¿Tienen padres, familia, ancestros, descendientes o recuerdos de algo de eso? ¿Un androide suda, llora? ¿Tiene sensibilidad al dolor, sea este físico o emocional? ¿Se enamoran? ¿Se cansan como se cansan los humanos? No, no se cansan tan rápido, quizá por eso muchos empresarios preferían contratar androides en vez de humanos. «Los androides nos están quitando el trabajo», fue el más patético argumento de Criso.

¡Tonterías! Eso es lo que pensaba cuando entró en su piso y comprobó una vez más en la unidad de control que el señor Cheng no había arreglado el aire acondicionado. Disgustado, se sentó a la mesa y, por pura rutina, consultó el estado de su solicitud, que seguía «En proceso».

06:20.

Suenan los pájaros. Cisterna, gritos, portazos, secador. El kit completo de cada mañana. Zezé le saludó con cara de estar exhausta y apenas pudo dedicarle una débil sonrisa. Desayuno, comprobación: «En proceso», había que intentarlo, y directo a la puerta del señor Cheng tras un frío saludo con Tess. Gritos, protestas y de su casero solo obtuvo lo de siempre: nada. Debería ser más enérgico en sus protestas si quería resultados, alterarse como hacía Zezé cuando en el Tri-Bit insistía en que los androides debían organizarse. Quizá así el maldito viejo atendiese al fin a sus razones.

En la calle el sol freía pájaros, pero él solo pensaba en el maldito señor Cheng y en lo abatida que parecía Zezé aquella mañana. En el vagón de metro tampoco leyó esta vez, pues todo el mundo miraba en las pantallas cómo un grupo de Libertad Androide había asaltado un centro comercial para realizar pintadas y romper algunos escaparates reclamando la paralización de la Ley Off y la igualdad de derechos. Pero lo que en realidad destacaba de la noticia era la desmesurada respuesta de las fuerzas de seguridad, que habían entrado en el recinto armados hasta los dientes y habían acabado con la vida de ocho pacíficos androides que ni siquiera habían tenido tiempo de rendirse: cinco asaltantes y tres despistados que pasaban por allí.

«¡Qué casualidad que solo hayan muerto androides, ¿no?!» -se quejó Zezé por la noche en el Tri-Bit-. ¡Qué más da una poca de sangre azul cuando la única que importa es la roja, ¿eh?! ¡Nos tratan como si no fuésemos seres vivos!». Al idiota de Criso solo se le ocurrió responder que en realidad no eran seres vivos, sino objetos fabricados por los humanos. «¿Ah, no? Mírame a la cara y dime que estoy menos viva que tú», se había encarado Zezé con él hasta obligarle a desviar la mirada, avergonzado y vencido por su irrefrenable pasión. Esa pasión que tanto le gustaba de ella.

¿Por qué tanto interés en crear esa ley? ¿Por qué, si hasta aquel momento androides y humanos habían convivido en armonía? No pudo dejar de pensar en eso hasta que llegó a casa y se lamentó porque el aire acondicionado seguía sin funcionar. Por un momento se planteó bajar hasta el piso del señor Cheng para decirle cuatro cosas bien dichas, pero prefirió dejarlo para el día siguiente porque no quería montar un espectáculo a aquellas horas.

«En proceso», fue lo último que leyó antes de meterse en cama.

A las 06:20 los pájaros comenzaron a trinar y todo siguió su curso como siempre, menos el rutinario saludo de Zezé, que por primera vez en mucho tiempo no estaba en su mesa para ofrecerle su sonrisa. Mientras desayunaba, algo preocupado, vio en la red que una nueva protesta se había organizado frente a la sede gubernamental para clamar no solo contra la Ley Off, sino contra la brutal represión de la jornada anterior. Centenares de androides portaban hologramas de protesta y se sentaban de forma pacífica en el suelo mientras cantaban lemas repetitivos que parecían sacados de un programa infantil. Las cosas cada vez estaban más tensas y no pudo evitar pensar que todavía podrían ir a peor si las fuerzas de seguridad volvían a actuar de igual modo que en el centro comercial.

Esta vez, Tess apenas le dedicó una mirada fugaz y del señor Cheng solo obtuvo lo mismo de siempre: gritos. En la calle el verano apretaba y el calor era insoportable, pero él ni siquiera se dio cuenta porque solo pensaba en Zezé y en que quizá se le habría ocurrido ir a esa maldita concentración ante la sede gubernamental.

En el metro todos miraron interesados las pantallas y si nadie se sentó a su lado esta vez no fue por su libro, que se había olvidado en casa. En el trabajo las discusiones sobre la Ley Off, la represión del día anterior y sus posibles consecuencias fueron el tema estrella hasta que los jefes prohibieron hablar de ello cuando se montó una buena trifulca entre varios humanos y algunos androides que hasta el día anterior habían trabajado todos juntos en armonía.

Por la noche, en el Tri-Bit, Zezé no hizo acto de presencia, Lisbeth estaba como ausente y Criso se centró única y exclusivamente en el partido de la Liga Androide, que habían estado a punto de suspender en señal de protesta. Host bebía solitario en una esquina, pero no parecía tener ganas de compañía, ni humana ni androide. Así que se fue para casa tras beberse solo una cerveza y no se sorprendió al corroborar, como ya se temía, que el señor Cheng había vuelto a obviar sus peticiones.

Se sentó a la mesa antes de conectarse. La concentración frente a la sede gubernamental había sido disuelta de forma expeditiva. Treinta y ocho androides detenidos y dieciséis muertos... ¿apagados?...

¿asesinados?, entre ellos cuatro humanos que les apoyaban. Toda aquella locura se estaba descontrolando. Y Zezé desaparecida.

Para ella fue su último pensamiento del día.

06:20.

Todo le dio igual. Lo primero que hizo fue comprobar si Zezé estaba sentada a su mesa. No lo estaba. En la red se decía que había varias manifestaciones convocadas por Libertad Androide para ese día, que muchas calles serían cortadas y que las fuerzas de seguridad se estaban desplegando por todas las ciudades del planeta ante los posibles altercados que se esperaban.

El señor Cheng lo mandó a paseo y le cerró la puerta en las narices. «Pues busca, busca», fue cuanto le dijo cuando le amenazó con marcharse del piso. En la calle el calor era inhumano, pero él no se dio cuenta, pues solo fue capaz de fijarse en que alguien había pintado con espray rojo en una pared vacía el símbolo de Libertad Androide: un simple círculo con las letras L y A fundidas en un solo grafema. Bajó al metro solo para descubrir que los servicios habían sido interrumpidos debido a varios sabotajes en unas cuantas estaciones y en las vías de algunas líneas. Recomendaban volver a casa y guarecerse ante los posibles disturbios y peligros que auguraba el día.

Incapaz de ir hasta su lejano trabajo y sin saber muy bien qué hacer, se dirigió al Tri-Bit para ver si Zezé andaba por allí o, en caso de no encontrarla, preguntarle a Lisbeth si le podía dar su código para llamarla. Pero poco antes de llegar se encontró a la tatuada camarera que venía en su dirección con cara de haber tenido una muy mala noche. La detuvo y quiso hablar con ella, pero Lisbeth solo tenía palabras de odio para su jefe, que la había despedido argumentando que en un momento así no se fiaba de ningún androide. Se lamentó de tal decisión, incluso se ofendió, ¡faltaría más, pobre Lisbeth!, pero al final le pidió el código de Zezé, que era cuanto le importaba en aquel momento.

Una vez lo tuvo en su poder, intentó llamarla varias veces, pero su implante de comunicación por algún motivo parecía incapaz de coger línea. No obtuvo una explicación hasta que, pasado el mediodía, se encontró con Criso y este le dijo que las redes de comunicación habían sido desconectadas para evitar que Libertad Androide pu-

diese convocar a más adeptos para sus protestas. Cada vez más preocupado, se fue a su apartamento, se sentó a la mesa e intentó conectarse a la red sin éxito. Ni siquiera fue consciente de que el aire acondicionado seguía estropeado.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podría encontrar a la mujer —sí, «mujer»— que ocupaba todos sus pensamientos? Él quería volver a verla por las mañanas, antes de desayunar y marcharse al trabajo. Quería su sonrisa cansada y su mirada del color de las hojas nuevas. Quería verla por la noche en el Tri-Bit, hablar con ella, escucharla, admirarla, pedirle que se fuese con él a Nova Caelonauta. Ella hacía su rutina llevadera. La necesitaba. La quería.

Fue su último deseo antes de dormirse bien entrada la madrugada.

¿Las 09:47?

La noche anterior no se había acordado de activar el despertador cerebral. Tampoco le importó.

Zeze seguía sin estar sentada a su mesa y por el hueco del patio interior le llegaban con claridad los zumbidos de algunos drones que sobrevolaban los edificios. Se acercó a la mesa y comprobó si la red había sido restablecida. Pero no, el apagón tecnológico seguía activo.

Salió de casa sin desayunar y cuando llegó al bajo le soltó una patada a la puerta del señor Cheng por pura rabia, pero no esperó a que saliese. La calle estaba desierta, y no solo por el intenso calor que creaba pequeños espejismos de edificios danzantes. Centenares de papeles negros revoloteaban por todas partes, llenando las calles con su letra de color rojo. Se agachó y cogió uno. Era un panfleto firmado por Libertad Androide en el que se instaba a todo aquel que apoyase la paralización de la Ley Off, fuese androide o humano, a reunirse frente a la gran torre de la sede gubernamental en señal de protesta y repulsa por la represión desproporcionada del gobierno planetario para acallar sus voces.

No se lo pensó dos veces. Se dirigió al metro solo para comprobar que las líneas estaban todas detenidas por culpa de las posibles manifestaciones, aunque las pantallas no lo dijese con tanta claridad. Varias pintadas con el símbolo circular del grupo revolucionario le saludaron desde las paredes antes de salir de nuevo al sofocante ca-

lor de la calle que él ni siquiera notó. ¿Cómo iba a llegar hasta el centro sin el metro? Había por lo menos treinta kilómetros.

Meditaba sobre las posibilidades cuando varias figuras aparecieron doblando una esquina al final de la calle. Corrían como si el Diablo fuese tras ellas y en apenas un suspiro llegaron a su altura y le instaron a hacer lo mismo. No solo había androides en aquel grupo, sino también unos cuantos humanos. Sin saber muy bien qué hacer, los vio alejarse sin moverse de su sitio hasta que el zumbido inconfundible de los drones de vigilancia le llegó desde las alturas, donde vio a varios de ellos tomando la misma dirección que los fugitivos que acababan de pasar a su lado. Acto seguido, las luces de dos grandes furgones policiales anticiparon la llegada de un pelotón entero de antidisturbios que avanzaban formados en perfecto orden con sus escudos de energía por delante y sus armas en posición de ataque. Ante la imposibilidad de regresar a su casa, solo había una opción: correr.

A medida que escapaba, las calles de la ciudad se fueron convirtiendo en una locura, una pesadilla sacada de la peor de las guerras urbanas. Porque en eso se estaba convirtiendo su mundo: en un mundo en guerra. Por todas partes veía androides y humanos corriendo en todas direcciones, sin un destino aparente. Había calles cortadas por la policía y otras por barricadas levantadas a toda prisa. Los drones de seguridad zumbaban sin parar sobre sus cabezas, localizando sus objetivos e informando de su posición. Sin saber cómo era posible, de vez en cuando llovían del cielo más panfletos rojos y negros de Libertad Androide instando a la manifestación y a la rebelión. Corrió por las calles sin un rumbo fijo, siguiendo a la marabunta que cada vez se hacía más grande. En algunos lugares, androides y humanos peleaban entre sí sin saber quién era amigo o enemigo. Sangre azul y sangre roja manchaban las calles y vio más de un cuerpo tendido en alguna acera, desangrándose mientras nadie le prestaba atención. Las sirenas de las fuerzas de seguridad comenzaron a sonar por todas partes. Sus luces, apagadas por el radiante día, hacían vibrar los edificios y creaban la extraña sensación de estar en un sueño. Vio a dos drones abatir a un tercero, que cayó a tierra dando giros y soltando al mismo tiempo más panfletos negros y rojos, cumpliendo su objetivo hasta el final. Poco a poco las calles comenzaron a saturarse de androides que clamaban contra la represión y contra la maldita Ley Off. Después de dos horas de locura, las

carreras se ralentizaron y, al final, se detuvieron en una ancha avenida que ni siquiera conocía, como si un dique hubiese conseguido frenar la riada. Metido en el meollo, entre empujones y exaltación, gritos y consignas, temió por su integridad y se acordó de Zezé. ¿Dónde se habría metido? Un hombre, un humano, lo cogió por los hombros y lo zarandeó, instándole a corear él también las consignas que miles de androides coreaban en aquel momento y en aquel lugar. El hombre volvió a zarandearlo, animándole a cantar. Y así se lanzó al fin.

— ¡Sin revolución, no habrá liberación! — clamaban una y otra vez.

— ¡Si esta ley se aprueba, guerra, guerra, guerra! — esta era la que más le preocupaba, pero aun así, animado por la masa, la coreó también.

Se dejó llevar por el entusiasmo, por la euforia y por las ansias de reconocimiento y derechos. Hombros con hombros, voces sobre voces, ilusiones junto a ilusiones, camaradería, rebelión, la fuerza de la unión. ¡Justicia! No podían hacerle eso a los androides. No a su Zezé. No podían. Era injusto e injustificado. ¡Qué le pusiesen un interruptor a los humanos también!

— ¡Justicia y libertad, derechos e igualdad!

— ¡Ley de la opresión, esta es mi rebelión!

Ya no había vuelta atrás, era el punto de inflexión. O los humanos cedían y retiraban la proposición de ley o se quedaban sin la tercera parte de su población activa y contribuyente. Aquel era el día que cambiaría las cosas.

Y cambiaron definitivamente cuando el primer disparo sonó sobre los cánticos entusiastas.

Tan solo por un instante, se hizo un silencio sepulcral, como si todo el mundo se estuviese preguntando si habían oído bien. Hasta que una segunda detonación surgió de algún punto inconcreto y el pánico se desbocó. Las consignas de justicia fueron rápidamente sustituidas por miles de gritos estridentes. La marea de androides y humanos que poco antes llenaba la avenida, entre cánticos y coros, comenzó a moverse de forma desorganizada en todas direcciones, como el líquido de un vaso agitado. ¡Sálvese quien pueda!

Casi lo tiran al suelo cuando centenares de androides se dieron la vuelta y escaparon en dirección contraria. Varios disparos más llenaron el aire y apagaron las últimas y enconadas consignas que unos pocos valientes seguían repitiendo. Aterrorizado, Lolo miró al cielo y vio un escuadrón de drones colocándose en posición sobre la manifestación, armados con microrrociadores de metralla que dirigieron hacia la multitud. La gente pasaba a su lado intentando escapar de lo que se avecinaba. Lo empujaron, casi volvieron a tirarlo, le gritaron junto a los oídos, le instaron a correr, a huir. Pero él solo podía mirar a los drones, zumbando sobre sus cabezas con las armas preparadas, mientras las luces y sirenas de las fuerzas de seguridad sustituían los anteriormente alegres cánticos de justicia. ¡Correr! Tenía que correr. Huir, salir de aquella trampa, de aquel atolladero en el que se había metido. Los drones se desplegaron en formación, vio con horror cómo basculaban hacia delante... Y cómo comenzaron a disparar a discreción sobre la masa de manifestantes en plena huida.

Los gritos se multiplicaron cuando las ráfagas de metralla alcanzaron la estampida desde el cielo. Vio a decenas... No... ¡A centenares de cuerpos caer abatidos! Aquello no podía estar pasando, era una locura, una represión injustificada, una masacre. ¡Maldita sea! ¡Solo eran androides reclamando igualdad!

Sabía que tenía que huir, pero estaba paralizado por el miedo. Solo podía mirar, tan incrédulo como aterrado, hacia al cielo y hacia los drones asesinos. Hasta que una androide que pasaba a su lado fue abatida y su sangre azul le salpicó la cara. Solo en ese momento logró reaccionar, darse la vuelta y salir corriendo entre empujones y gritos de pánico y desesperación. Mientras se hacía hueco recibió un fuerte golpe en la espalda, pero no se detuvo y siguió escapando sin dirección ni esperanza. Y Lolo corrió junto a miles de androides, una gota más de la marea, hasta que las fuerzas comenzaron a abandonarle y las piernas le fallaron. Se detuvo extrañado e intentó coger aire, pero casi no podía. Y entonces se dio cuenta de que su camiseta y sus pantalones estaban empapados en sangre. ¡Su sangre! Se tocó el costado izquierdo y se manchó la mano. Le habían herido y ni siquiera había sido consciente.

La marabunta seguía gritando, huyendo, pasando por su lado sin prestarle atención ni ayuda. Y él, falto ya de fuerzas, se dejó caer de rodillas mientras miraba su temblorosa mano manchada con su

propia sangre. Habría querido llorar, porque ni siquiera había encontrado a Zezé y ya nunca irían juntos a Nova Caelonauta, pero no pudo.

Ese fue su último pensamiento antes de desvanecerse.

23:58.

— Zezé... Zezé...

Tendido en el suelo, agonizando sobre un charco azul, apenas podía hacer más que susurrar su nombre.

Era de noche y hacía un calor asfixiante que tampoco notó esta vez. Unas botas militares estaban detenidas frente a su cara. Sintió que le tocaban.

— Es un modelo 10-10 — dijo una voz insensible y desconocida —. Todavía funciona.

— ¿Qué está diciendo?

— Lo de siempre: Zezé.

Un gruñido de desagrado.

— ¡Qué manía! Este modelo siempre se queda prendado de los 23-23. Y me juego lo que quieras a que también tiene una solicitud en proceso para viajar a Nova Caelonauta.

— Seguro, es otra de sus fijaciones. ¿Qué hacemos con él?

Silencio. Un largo y siniestro silencio antes de la respuesta.

— Apágalo.

Off

Antonia López Sousa

“La Casa me llama.

La Cosa que ha poseído a la Casa me llama.

La Casa que ha devorado a la Cosa me llama.

Tod@s ell@s.”

E Son tantas las voces con quienes comparto mi cabeza desde pequeña que a veces apenas las oigo. Se solapan, devienen en ruido blanco intrascendente. Excepto cuando se ponen de acuerdo. Para enloquecerme; más. Por medio de avisos, dudas, peligros, sugerencias, sustos, bromas...

Juegan con mi psique y percepción. Me alteran y desubican. Dejé la medicación y los centros especiales tiempo atrás. Inútiles para mi afección, frustrantes de forma bidireccional. No entienden. Nadie lo hace. No se ha sufrido brote tal, sea real o imaginario.

Me convertí en una vagamunda escondida entre harapos y cartones; la nómada demente e imprevisible. Así o parecido me llamarían, junto a cosas mucho peores, si permaneciese lo suficiente para ello en algún lugar.

No sucederá. Soy bicho de paso.

En continuo movimiento sin equipaje más que los desperdicios e inmundicias rechazadas por la sociedad, y lejos de sus ojos en intereses gracias a tal indignidad, llevo meses a salvo; casi tranquila, casi sola.

Casi en silencio.

Sin motivos para un ataque.



Hoy he despertado en huracán estridente, destrozando el efímero hogar de cajas donde me resguardaba de la noche. Chillando graves y agudos, reverberando en mi cerebro que vibra y se desmorona. Quebrando racionalidades y pensamientos. Rebosada por la marea de caos.

Colapso y me vengo abajo aplastada por el dolor, intentando transcribir el mensaje que me envía ese mismo sufrir. Comprenderlo para calmarlas, a ellas, a las voces. Deseando que no sea un castigo por haberlas relegado.

No. No lo es. No lo parece. Más bien una señal. Casi un faro.

Están asustadas. Excitadas a la vez. Anhelantes. Como nunca.

Y me confirman:

“La Casa me llama.

La Cosa que ha poseído a la Casa me llama.

La Casa que ha devorado a la Cosa me llama.

Tod@sell@s. Todas ellas.”

En medio de ninguna parte. Periferia abandonada, resto de pueblo, ambición de barrio, ínfula de suburbio para ciudad. Derruido, revertido a campo estéril, yermo tanto como seco, con los restos de naturaleza muerta. Entre ese paisaje se alza la única última superviviente; descarnada y fuera de lugar con su brillo mate evanescente. Irradia mal rollo. Bien sé yo del tema.

Lo siento latir. Al edificio y sus cimientos. Su rizoma se hunde más allá de la tierra. Tenemos una conexión. Me atrae y atrapa. Temo mi final en sus entrañas, con alivio, por encima de temor o repulsión.

Sea.

Resulta terrible. Asumo el riesgo cuando debería correr. Eso hago yo, reaccionar para tomar decisiones sin el trámite de la reflexión.

Me muevo a ella. Como puedo.

Hago un pacto con las voces para que me permitan recuperar el precario control a cambio de entrar. Para que mi cuerpo responda y no lllore sangre, para que mi mente no sea un espasmo electrificante de

punzadas que se extienden como olas. Una de ellas se eleva como líder para acompañarme; quizá guiarme, quizá engañarme. Pero ¿qué serían ellas, de ellas, sin mí?

Retorna la noche súbita mientras recorro la poca distancia que me separa del umbral. Clásico. Deben coincidir los momentos, como en una mala película.

Por un segundo, la casa parece alejarse rechazando mi toque con respeto, el peso de mi presencia. Pero alcanzo el pomo con fuerza, situado bajo terrible y deformada aldaba, creada por un escultor de novela pulp, y accedo sin llamar. No podía estar cerrada.

La oscuridad me come. Abro mis otros sentidos hasta que la vista se adapte; sé compensarme. El equilibrio lo es todo.

Avanzo con pasos cortos, utilizando manos y pies para explorar, evitando, si es posible, accidentes prematuros.

El oído exterior no me dice nada, no refleja ruido u ocupación. El interno me advierte:

— Espera. Espera inmóvil un momento.

Sigo su consejo e intento percibir, darle tres dimensiones a la tiniebla. Detectar amenaza o forma de vida. Tesoro o maldición.

Me llegan lejanas las reminiscencias de un reloj. De cuco. Premonitoria cuenta atrás, diría yo si fuese melodramática.

Lo soy. Hora de moverse.

Voy adivinando sombras y contornos a través de la mansión. Esquivando y tocando por igual, pagando el precio de pequeños rasguños y contusiones. Trampas que se mueven leve para interceptarme; humores y tumores. Pero me hago a ella y sus detalles mientras ella trabaja lo propio. La siento hurgando en mí. Tendrá primero que cruzar la frontera de las voces.

Matices de un color que va más allá del negro me embriagan. Es un tono líquido y musical sobre jirones de bruma, hermoso en su lúgubre cadencia lenta y decadente. Un arrumaco en pigmento. Un guiño tangible. No es real. Me alejo de su influjo.

El caserón de dos plantas me permite cruzar pasillos mutantes y cuartos que se transmutan antes de acceder al salón, señorial de diversas épocas. Encuentro la clepsidra que lleva años indolente y apagada, pero que sigue sonando de continuo. Marcando los ritmos acuosos hasta un posible final, con el cero en horizonte. Asomando su lengua cuando no toca. La rodean muebles viejos y carcomidos, ornamentación antigua sin mantenimiento. Telarañas y figuras que reptan en el resquicio de la mirada, entrando y saliendo de sus agujeros, ansiando uno nuevo y húmedo. Una carcasa de carne.

Junto con el rumor en las paredes. Dentro. Su osamenta. Un susurro que ruge y entra en mis terminaciones nerviosas con cientos de patas. Que me invade en violencia.

Combaten mis voces al enemigo mayestático y múltiple, con el nuevo comandante en mando. Me resulta familiar y novedosa la situación; diferente. ¿Siempre me han protegido?

Resisto como puedo, vena a vena, sinapsis a célula, piel y poros. Debo, debemos expulsar esa marabunta. Me contagia y me posee.

— ¡JAMÁS!

La destierro del que nunca fue su lugar asumiendo consecuencias para mi organismo de las que no me recuperaré. Caigo abatida pero no derrotada.

Libre. En parte. Lo poco que puedo y soy.

Me apoyo para recuperar la vertical; lámparas de pie, sillas desven-
cijadas, una mesa que fue lugar de sacrificio. Cualquier cosa sirve
como soporte. Casi reboto de una a otra hasta conseguirlo, con lan-
zas de magma todavía perforando mis sienes y nuca.

Salgo de la estancia para afrontar las escaleras dejando un rastro de
fluidos como migas de pan. Pedazos más líquidos que sólidos que
ya no quieren ser parte de mi cuerpo. Traidores.

Miro la puerta al exterior, de reojo. Me tienta. Pero sé que nunca
saldré de este lugar. Quizá no me lo permitan. Quizá imponga yo mi
permanencia. Porque no pienso en huir o abandonar. Estoy cansada.
Necesito un pequeño triunfo, un orgullo sobre el que reconstruirme.

Asciendo resbalando en la suciedad de una barandilla que más parece un río grumoso de cucarachas o sus tripas y restos. Aceitosa, legamosa, repugnante. Pero no puedo soltarme, mis fuerzas no alcanzan para subir por mis medios. Contengo el asco y mido los escalones para no tropezar; la caída sería letal, la inconsciencia una despedida. Las alfombras son labios y el suelo tiene dientes.

Llego a la planta de arriba y justo me pregunto por el sótano. Ya no importa o no importa aún. El útero reside allí. Antiguo y esperando ESPECTANTE.

El recibidor que da paso al baño y habitaciones varias, precediendo el despacho, está plagado de cuadros: ilustraciones de figuras amorfas inventadas en retorcido parto y pacto imaginario, completadas con partes animales o humanoides.

Me enferman. Y se mueven en sus pequeños expositores de mundos, entre ellos. Intentando escapar. Los paisajes que los contienen son marcianos, roca y más roca en montaña, océano, sima o desierto desolado. Que conllevan una triste melodía del viento que me descubro silbando.

¿O es la voz quien silba?

¿Por qué tan callada, tan calladas?

Páramos alienígenas de eones anteriores y posteriores a nuestra era. Encadenados a marcos tallados con glifos arcaicos todavía en protector uso, mientras las criaturas me miran con más hambre que curiosidad. Me incomoda su visión detrás de los párpados, en la mar de esclerótica. Resquema y restalla entre la nuca y los globos oculares.

Quiero meter la mano y sé que accederé al cuadro. Cualquiera de ellos, interconectados. Como también sé que no podría regresar.

Mis impulsos no pueden ser el enemigo. No uno más.

Comparto la mirada con otros ojos de pintura y tela. Me prometen:

—Sólo un rato...

El sí ha salido subconsciente, sonámbulo. Las voces y yo somos títeres.

Ahora estoy y soy parte del lienzo. Concibo mi cuerpo irreal e inexplorado de cientos de apéndices erróneos. Un garabato de acuarela en dimensiones de menos.

Veo planetas de trapo y tinta en un espacio finito, un cosmos que se pliega sobre sí mismo para tragarse y vomitarse y reinventarse y destruirse una y otra vez en bucle perfidioso y nefando. BigBang eterno.

Me arranco la piel que es paño y salto y giro y aterrizo.

He vuelto. Corporalidad recuperada en todo su esplendoroso volumen y peso. Las rocas, dentro, todas, rumian nostalgia.

La voz portavoz parece recuperar su ilusión de poder y esperanza de imposición, y me conmina a registrar las habitaciones. A penetrar en el despacho y destripar los secretos de ese seguro corazón de la casa. Dice "sentir" algo, una percepción ajena; un objeto o criatura que no debiera estar aquí.

No me obliga y no me intimida. Bailo porque estoy en el baile gustándome. Aunque refuerzan su dominio con una leve presión craneal, un terremoto a la menor y peor escala.

Estremece el dolor pese a la costumbre. Pero conozco lo nocivo que pueden hacerme: o matarme y que todo acabe, ellas y yo, o enloquecer y que el barco quede sin mando, a la deriva, muñeca rota de hilos rotos y voces vacías que nadie escuchará jamás.

No lo quieren así. Simbiosis despótica. El miedo cambia de bando.

Voy dormitorio por dormitorio, con levedad y desinterés; el embrujo iniciático de la casa se ha tornado en tedio, premura por terminar. Sólo si veo algo en claro contraste con el total reacciono y lo estudio en detenimiento. Nada en la uno, nada en la dos, algo en la tres.

Un anillo de orfebre que brilla colórico y calórico azabache. Parece tallado con hebras e hilos de entramados y a la vez moldeados materiales unidos a la perfección, sin que pueda reconocerlos al tacto. Lo recorro con yemas y pupilapara desentrañarlo, alternando durezas y blandos que son lo mismo. Hueso y fibra quizá. Familiar su procedencia, su origen. Y sé que contiene una inscripción en su anverso, pero todavía no soy digna de ella. Me perturba ello, noto como la mansión vuelve a ganar fuerzas.

Me honra su respeto y tomo posesión de mi presente. Porque es mi talla, porque me llama. Porque me lo pongo. Siempre fue mío. Se clava y ata a mi anular para demostrarlo.

Enraiza.

Duele.

Late a mi son.

Me gusta.

La voz principal me apremia. El TicTac no engaña. La arena acaba de caer. Paso por el baño y paso del mismo; su insalubre olor me hace rechazarlo de mano. Algo alberga que apesta a muerte descompuesta tras varias más muertes. Y que no tiene todavía suficiente. Me espera acechando...

Ni loca. Y bien loca estoy.

Corro al despacho. Núcleo. No puede ser otra cosa y no puede no ser. Entro tras recibir una descarga eléctrica a través del picaporte. No me frena. La recia puerta se cierra a mi espalda asegurando el no retorno. Y explota un agujero negro, un abismo de nanocriaturas que no muestran pliegue o doblez, marca o mácula, contexto o irregularidad, principio y final. Un todo que diferencia cada parte. El telón final.

Sólo danzan para mí en sincronizada armonía. Resulta celestial. Siento el amor de todo y cada poeta en su mejor verso. Quiero abrazarme y cubrirme de opacidad. Hundirme. Ahogarme. Perderme.

Las voces no lo permiten. Quieren que rasgue ese velo, que quiebre su estructura. Aprietan donde deben y me extraen un grito desesperado que espanta a la majestuosa tiniebla nebulosa.

Lloro tres lágrimas mientras no me recupero.

Mi vida siempre fue injusta.

TacTic.

Veo el escritorio, diáfano de material pero cubierto de símbolos re-dactados e incrustados a mano sangre y falange. Perversidades in-nombrables, ominosos hechizos y convocaciones, abominables e in-

sidiosas profecías. Traduzco partes radicales, con un conocimiento primigenio de letras y glifos con los que tanto he pesadilleado. Resulta un inesperado diario universal de visión parcial y racial.

Y no es biografía cualquiera. Demanda ofrenda vital para activar cada signo y encarnación. Proto lenguajes arcaicos y olvidados. Rechazo su contacto, no quiero ni acercarme. Lo esquivo muy lejana para acceder a su trasera biblioteca, consistente en cientos de anaquelles que apenas resisten el peso de recios volúmenes prohibidos. Digno cada cual de erudito y hoguera, a saber según quién decida.

Recuerdo: el conocimiento hace más daño que bien. Me ha transformado de quien era a quien soy.

Viajo por sus lomos mientras ronronean con gusto mi caricia, presumiendo de sus contenidos. Las mayores y mejores palabras, por ellas su disputa de favoritismo.

Tengo que elegir. Coger uno. Mi cuerpo siente como la casa se altera, tiembla excitada, parece querer despegar, salir de muda, aspirar a metamorfosis.

Espira, expira y exhala mi oportunidad. Las voces han vuelto a su individualismo sin sentido de conjunto. Pidiendo el manuscrito que necesitan para sus propios intereses enfrentados.

Ignoro.

Escojo ciega guiada por el instinto. Rechazando sus preferencias todas, que no sabrían esta vez efectuar contrapsicología. El ansia les puede y denota. Conozco todos sus trucos, creo.

Lo saco de su estante mientras sus compañeros y compañeras obras suspiran decepción de papel, papiro, tinta y polvo. Mientras extremidades surgen de las paredes para llevarme con ellas, para tener ayuda y compañía, qué mejor dos en uno.

¡Y como aúllan los intramuros, la misma casa!

Me alejo de esas simulaciones de dedos y brazos, miembros y artrópodos cincelados por inventores de humanidades sin alma. Permanezco en un centro precario, entre todos sus intentos e intenciones. Intocable. Casi. Equidistante para combatir su lucha. Abrazado a mi volumen. Miro y acaricio su portada inmaculada, carente de título,

autor o nombre. Encuadernada en terrores y sueños, en el mismo tejido de la irrealidad. Multiforme a mi roce su composición de picos y valles, de mareas y vientos.

Las voces lo odian. Él las apaga, les sustrae fuerza.

No atrevo a abrir la tapa sin su permiso. Espero eso mismo, de nuevo con la losa del tiempo que no existe como guillotina. TicTacTic. Se cierne...

Es ahora. Separo con suavidad y cariño las páginas apergaminadas. Continúa sin nombre. Impoluto.

Puedo discernir si olvido los ojos... Leer entre líneas, ateo, etéreo, incisivo. Se tatúa con fuego cada significado en mi mente. Las frases son mundos y los párrafos raíces ANCLAS, fuentes de memoria y futuro cantando para mí. Cada capítulo, una existencia.

Veo mi recorrido esencial, la mi peripecia única, viaje iniciático de heroína trágica. Que arrancó lejos y antes del caduco recipiente humano que ocupó. Lo entiendo desde su principio. Inmemorial.

Cuando sólo era yo y toda yo.

Aburrida

Insana

Demente

Juguetona

La cordura se fractura como porcelana enfrentada al suelo desde altura.

Los diques se rompen y me inundo de Yo. Anegada. Plena.

Despego.

Las voces no saben nadar ni volar, apenas flotan. Por ello quedan enterradas bajo la casa, que se hunde en sima terrestre tras colapso. Naciendo una falla novedosa.

Todas fenecidas menos una. De nombre insólito. Siempre tímida y callada hasta ahora. Abusada y enclaustrada por las otras.

“Esperanza” se llama.

Me dejo.

Vértices y vórtices.

Fluyo.

Irradio hasta vosotros. Primigenia y original. Dejando carcasas y cascaras vacías atrás.

“Yo soy la Casa.

Yo soy la Cosa.

Yo soy el universo, la realidad.

Siempre lo fui.

Me sigo expandiendo.

Hasta que me sustituyas.”

Epílogo:

Tú.

Que vagas extraviado.

Que demandas emociones.

Camina, deja atrás la ciudad. Adéntrate en las sombras.

Mira a tu derecha.

Siente curiosidad.

Esa casa te llama.

Y tú, insaciable, inevitable, acudes a su puerta, violando su intimidad al cruzar el umbral.

Parte de la CasaCosmo maldita.

Monstruos aguardan.

Verdades y mentiras.

Los niños nunca olvidan una promesa.

Las voces te esperan...

Román Sanz Mouta

«Nadie puede ser sensato con el estómago vacío»

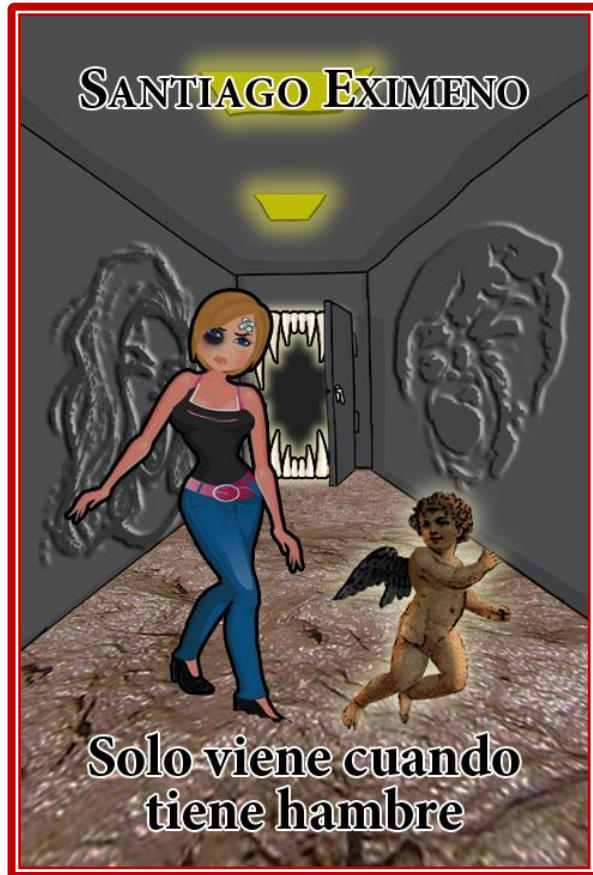
Mary Ann Evans

Todas llegáis aquí con un ojo morado —dice el querubín.

Es una criatura rechoncha, de piel dorada, con el pelo negro ensortijado enredado en sus orejas. Adorable. Su rostro queda a la altura de mi coño, ese que según Antonio tantos problemas me está dando. El querubín se contonea por el pasillo, unos pasos delante de mí. Las dos pequeñas alas negras se amustian en su espalda, como si se hubieran podrido. Está desnudo, como todos los querubines. La ausencia de genitales me ha perturbado cuando ha abierto la puerta, ahora casi prefiero que se muestre así ante mí. No tengo el cuerpo para ver más pollas.

Camino por el pasillo, un par de pasos detrás del querubín. A cada paso que doy mis zapatos de tacón, esos que Antonio me regaló por mi cumpleaños, se hunden en el suelo enfangado con un desagradable chof chof chof. Las paredes rezuman un líquido denso, blancuzco, que hiede como la primera vez que mi madre vomitó en la habitación del hospital. Que las luces del techo no sean más que muescas amarillentas es una bendición. No quiero ver más de lo que debo. Ya me advirtieron las chicas que visitar a la Matrona no sería agradable, pero no me quedan muchas más opciones. Como ha canturreado el querubín, con esa voz que parece que se haya tragado una flauta dulce, aquí todas venimos con los ojos hinchados, y no solo de llorar.

—Tendrás que esperar aquí —dice el querubín.



Hemos llegado a una sala de paredes negras, viscosas, con rostros que se debaten tras el papel pintado y un murmullo continuo que parece brotar de los cimientos. En la sala solo hay dos sillas, y en una de ellas se sienta una chica joven, delgada, con un vestido de flores, que sostiene un pañuelito contra su nariz. Está sangrando. Quiero acercarme a ella y decirle algo. No lo hago. El pequeño angelito sin genitales tironea de mis pantalones y me lleva hasta la otra silla, enfrente de la chica. Nos separa un océano negro, viscoso, de dolor, de impotencia, de olvido. Ella ni siquiera levanta la mirada. Gimotea. Murmura en voz baja. Cuando el pañuelo de papel, blanco, se cubre de color rojo brillante, lo deja caer al suelo, entre sus piernas, y busca otro en su bolso. Hay una montañita de papeles entre sus piernas. Rojos, brillantes.

— ¡Tu turno! — grita el querubín.

Del sobresalto casi me meo encima. Transitar por las Casas de la Locura me tiene en vilo. Quiero preguntarle a esa pequeña cosita juguetona si no debería esperar a que entrara ella, la chica que sangra, pero él ya tironea de mí, me arrastra hacia otro pasillo, hacia la puerta abierta, dentada, que temo que nos mastique, que nos devore antes de poder hablar con la Matrona.

Nada de eso ocurre. La Matrona nos espera en su cuarto. No sé cómo me la había imaginado, pero no es así. Debe pesar dos toneladas. Su cuerpo se desparrama por todo el cuarto. Yace desnuda en el suelo como la maja que es. Y sonrío con una boca enorme, entreabierta, que muestra encías sonrosadas sin atisbo de diente alguno.

— ¿Has comido? — dice.

Su voz se desprende de su garganta como un alud de fondo. La Matrona se pasa la lengua, gruesa y negra, por las encías, y se rasca sin pudor uno de sus pechos desproporcionados.

— No — digo —. Todavía no.

Ella gira la cabeza y busca el reloj de la pared, uno de esos cacharros de madera con cuco que te sobresalta cuando menos lo espera tu marido.

— Ya es hora de comer, niña — dice.

Yo asiento. Quiero contarle que precisamente estaba empezando a hacer la comida cuando Antonio me ha dado el bofetón. Que no ha sido el primero, claro, y que si estoy hoy aquí es porque quiero que sea el último. Que podía haber pensado las cosas, como siempre dice Antonio, y haberme tragado esa torta. Lo he hecho otras veces. O haber llamado a la policía. Sé que había respuestas más lógicas a lo que ha ocurrido, o quizá solo más sensatas. Más obedientes. No abro la boca porque sé que ella ya sabe todo esto. Es la Matrona y esta es una de las Casas de la Locura. Ella sabe todo lo que nos pasa y se preocupa por nosotras. A su manera, pero se preocupa.

La Matrona se incorpora como puede. Mover todo ese cuerpo es un ejercicio de voluntad. Intuyo los músculos bajo toda esa grasa, intuyo odio y malevolencia. Verla en movimiento es como contemplar a una sirena del tamaño de una ballena tratando de salir de un acuario lleno de aceite.

— Así que quieres que vaya por allí, niña, y hable con él — dice.

Que te lo comas, pienso. Nada de eufemismos, quiero que te lo comas. Que las chicas me han hablado de ello. Te desparramas a través de las paredes de nuestra casa, reptas hasta él y te lo comes vivo. Ni un mordisco, claro, por eso careces de dientes. Los sorbes como si fueran fideos en una sopa aguada. Los devoras a lametones.

— Sí — digo.

Cuánto cuesta esa sílaba, dos letras de mierda. Cuánto cuesta aceptar que tu vida se ha descuajaringado porque un cabrón mal educado se solivianta con cualquier excusa que le permita golpearte. Porque no han sido días. Han transcurrido años hasta que he logrado venir hasta aquí, hasta que he aceptado que necesitaba la ayuda. Hasta que he abrazado la locura. Todas esas llamadas desconsoladas a mi madre para recibir un ya pasará, un es normal, un te acostumbras. Todas esas noches con las luces apagadas, tumbada en mi lado de la cama, deseando que el partido acabara como debía. Cuánto tópico, cuánta mierda.

— Vamos allá entonces — dice la Matrona.

Y se marcha bamboleándose como una ciudad bombardeada. Me deja allí con el querubín, adorable cosita que sonrío y mueve su culo desnudo hacia mí y me pide que lo acompañe. La Matrona se enca-

jona en el pasillo, algunos pasos por delante de nosotros, y se desparrama de nuevo al llegar a la salita. La chica que esperaba ha dejado de sangrar, y nos mira con ojos en blanco.

— Asumimos que lo hemos perdido — le dice la Matrona a la chica al deslizarse a su lado — . Mira el lado bueno, has dejado de sangrar.

Dejamos la sala atrás y nos internamos en ese pasillo fangoso y mal iluminado. El angelito se ha quedado en la sala y yo camino tras la Matrona en silencio, contemplándola. Es un ancla de salvación y una promesa de muerte. Ella gira la cabeza como si fuera una lechuga, me mira.

— ¿Quieres verlo, niña?

— No — respondo si pensar.

No, no quiero ver lo que vaya a ocurrir. Solo quiero volver a casa cuando todo haya terminado. Quiero estar segura de que esto no es una demencia absurda, que no estoy con la cabeza partida tirada en la cocina mientras ese cabrón llama a la policía y abre la ventana para tirarse al vacío.

— ¿Cuándo podré volver a casa? — pregunto.

— Dame unas horas, cariño. Vuelve esta noche, a la hora de cenar.

La Matrona abre la puerta y se desparrama bajo la luz del sol. Su cuerpo se desvanece sobre la acera, se pierde en la boca del alcantarillado, en el arcén, bajo los vehículos aparcados. Yo me quedo en el pasillo un instante, y salgo a la calle, al día, casi de un salto. Cuando me vuelvo, la puerta, la casa, ya no está allí, solo una verja cerrada, una enredadera negra atrapada entre el metal y el ladrillo. Oigo el claxon de un camión en el cruce. Camino hasta el final de la calle. Cruzo a la otra acera y me siento en un banco. Y espero.

Si algo he tenido todo este tiempo es paciencia.

Santiago Eusebio



LETRAS CRIMINALES

Amí me hubiera gustado ser un tipo duro, uno de esos que tan bien interpretaba Robert Mitchum. Por eso me hice investigador privado, porque pensaba que así lo conseguiría. Pensaba que siendo detective superaría mis debilidades, pero llevo casi veinte años en el oficio y sigo siendo tierno como el solomillo.

Mi problema no tiene que ver con la violencia ni con las situaciones peligrosas. Se trata de algo más sutil. Mi problema es una fobia que arrastro desde la adolescencia. Aunque me avergüenza confesarla, debo hacerlo. Me dan pánico las relaciones íntimas. Ya está, ya lo he soltado.

Es de risa, me digo una y otra vez, pues me consta que la gente piensa que estoy de vuelta de todo. Y no. Me he acostumbrado a enfrentarme a situaciones que a otro le revolverían las tripas, pero cuando he de seducir a una mujer, me descompongo por dentro y fracaso. Y lo más grave es que con los años la cosa va a peor.

Sin embargo, cuando no intento conquistarlas, cuando me limito a charlar con ellas de persona a persona y no de hombre a mujer, todo va como de novela y hasta me atrevería a asegurar que las encandilo. ¿Qué es lo que falla entonces? Posiblemente la falta de confianza en mí mismo. Y el temor a ser despreciado, ridiculizado o traicionado.

Quizá porque soy una persona sensible y fiel, aunque no lo parezca. Mi aspecto es tosco. Llevo auestas una musculosa humanidad que no se corresponde con mi talante emotivo, siendo más bien un legado genético que se equivocó de individuo.

¿No es un día seductor?



P. L. Salvador

Y esto explica que, pese a tener catadura de matón, llore con facilidad cuando, inmerso en el ambiente navideño, me siento frente al televisor a ver *Qué bello es vivir*. Y hasta tal punto me obsesiona la fidelidad, tanto temo ser traicionado, que este extremo me ha llevado a vivir en soledad. Bueno, siempre fui solitario y ya de niño tendía a pasar largos ratos jugando solo, pero en aquellos tiempos, a lo largo de mi niñez, nunca me faltó un amigo cuando realmente lo necesité, mientras que ahora estoy aislado y cada día me cuesta más soportarlo. Todos cambiamos y yo no soy una excepción.

Pero no es la falta de amigos lo que me atormenta. Lo que me tiene preocupado, casi angustiado, es la idea de quedarme solo el resto de mi vida. En una obsesión se está convirtiendo el tema este de la soltería. Y ya voy para los cincuenta. No, todavía no me he hecho al celibato. Y solo me faltaban todas esas películas de amor que ahora pasan por televisión.

A veces me digo «Arriésgate, hombre, y que sea lo que Dios quiera», pero al cabo de un rato me echo atrás y lo dejo estar. Lo curioso del caso es que no me faltan ocasiones. Ayer, sin ir más lejos, una clienta divorciada —que bien podría ser la mujer de mi vida— me miró largamente antes de inquirir con aterciopelada voz: «¿Siempre es usted tan serio?». Vacilé, aparté los ojos y, encogiéndome de hombros al tiempo que tragaba saliva, respondí al fin: «Sí, creo que sí».

—Solo cuando estoy detrás de este escritorio —me hubiese gustado contestarle.

—Pero, ¿tan a pecho se toma su trabajo?

Ante semejante pregunta no hubiera podido evitar que mis pupilas se clavasen en sus senos. Ella, seguramente, habría sonreído, satisfecha.

—Pues sí —querría haber dicho, apartando la mirada, turbado—. Mi trabajo requiere seriedad.

—Su trabajo es apasionante. —Y volcándose sobre mí, chispeantes los ojos y entreabierta la boca—: ¿Suele llevar pistola?

Si me dice eso, seguro que carraspeo. Y luego, tal vez:

— Sí, claro, por lo que pueda pasar — mentiría, con ánimo de impresionarla. Y levantando un dedo en señal de advertencia —: Aunque siempre con el seguro puesto.

— ¿Me la enseña?

— ¿Cómo?

— ¿Que si me enseña su pistola?

Semejante insinuación me hubiera hecho mirar hacia todos los lados fingiendo desconcierto. Y a renglón seguido, ya recuperado de mi sorpresa:

— ¿No ha visto nunca ninguna?

— Alguna sí que he visto, pero como las hay tan diferentes, en todos los sentidos, me pica la curiosidad.

A mí me habría picado detrás de la oreja, o al menos hasta allí hubiera llevado la mano para rascarme mientras pensaba qué responder. Me pregunto si hubiese sido capaz de replicar, a lo Mitchum:

— ¿Le pica mucho?

Ella, entonces, debería haberse estirado en su asiento, sonriente, sensual, para acto seguido preguntar:

— ¿Cuánto ha de picarme, la curiosidad, para que me la enseñe, la pistola?

La contestación, tras masajearme la totalidad de la nuca con fruición, podría haber sido:

— ¿Le apetece beber algo?

Pero antes, azorado o fingiendo estarlo, habría puesto algunas caras raras al estilo de Cary Grant, pues siempre he creído que a ellas les seduce el azoramiento masculino.

— Bien, si piensa que es un buen momento — replicaría la dama a modo de tregua.

— Lo es.

— ¿Qué tiene?

— Ponche.

— ¿Con hielo?

— Con mucho hielo.

Y sin más demora, hubiera preparado las copas, dejado el despacho en la penumbra y puesto una vieja cinta de Fred Astaire que siempre he tenido por muy romántica. A continuación, le hubiese pasado un cubito de hielo por la nuca, por las mejillas, por los hombros. Sin prisas, hasta fundirlo. Ella, probablemente, se habría dejado hacer, sumisa y expectante, deseando que aquel momento no acabase nunca.

Pero, como ya he mencionado, en vez de eso le dije: «Sí, creo que sí», y mi voz debió de revelar lo aburrido de mi existencia, porque no tardó en marcharse. Ese es otro de mis problemas. Soy un aburrido y ellas lo notan enseguida y huyen. No, no basta con tener un cuerpo atlético y un rostro viril, son necesarias otras cualidades de las que yo carezco.

A veces, en algún estúpido programa de televisión, en uno de esos que ves de pasada mientras cambias de canal buscando algo interesante, he oído a diferentes mujeres hablar sobre tal o cual señor para a continuación mencionar con picardía alguno de sus más destacados atributos. Esta burda revancha me resulta patética, un ridículo intento de imitar conductas masculinas.

El hombre ideal, oigo que dicen, con los ojos de Mel Gibson, la sonrisa de Brad Pitt y el trasero de Antonio Banderas. Sandeces. La mujer no es como el hombre, no necesita un varón apolíneo. La mujer se siente incómoda si su chico es más atractivo que ella. Por eso va más allá y se inclina por las otras cualidades, aunque hoy día se empeñen en disimularlo. El hombre ideal debería, en cualquier caso, tener la agudeza de Woody Allen, el sentido del humor de Tamarit y la humanidad de Alfredo Landa.

No, la mujer no soporta ni al aburrido ni al inseguro. Y yo soy ambas cosas.

Pero esto se acabó. Estoy decidido a cambiar. Y para demostrármelo voy a llamar a la clienta de marras. Un momento. ¿Suenan el teléfono? Sí, suenan. Tal vez es la dama. Vaya, han colgado. Sería una

equivocación. Aunque bien podría ser ella, que quiere intentarlo de nuevo, hablar conmigo, quiero decir. Bueno, esperaré un minuto y la llamaré yo. Eso es. Y posiblemente articulará, interesada:

—¿Sí?

—Buenas noches —pronunciaré yo entonces con suavidad, la música de Fred al fondo.

—¿Quién es?

—¿No reconoces mi voz? —le preguntaré, impregnando mis palabras de sensualidad.

—Pues no.

—Qué mala memoria —observaré en tono burlón—. ¿Quieres una pista?

Más divertida, imposible, la conversación, y un tanto excitante. Se derretirá mientras indaga con fingida cautela:

—¿Nos conocemos mucho? ¿Estás camuflando la voz de alguna manera?

—Eh, de una en una —le atajaré en tono desenfadado, y replicaré—: No, apenas nos hemos visto un par de veces. Y no, no estoy tapando el auricular con mi pañuelo.

—Dos veces, dices. Y de eso, ¿cuánto hace?

—Horas —puntualizaré, mientras Fred Astaire canta *Isn't this a lovely day?*—. Hace nada que entraste en mi despacho. Estabas empapada.

—Oh, el chaparrón de esta mañana.

—Exacto. Y olías tan bien —le susurraré—. La lluvia es sin duda el perfume que mejor te va. —Llegado a este punto, dejaré que mi respiración ocupe durante unos segundos la línea telefónica antes de proseguir—: Desearía tenerte aquí, sentada en el sofá junto a mí, con una copa en la mano, sonriendo, mirándome de cuando en cuando de reojo, amartelada. —Quizás en este momento me asaltará la fobia y durante un instante me quedaré mudo, pero no tardaré en reaccionar y le diré a modo de conclusión—: Quisiera bailar contigo esta

canción. Y después podríamos perdernos en la ciudad, cogidos por la cintura y resguardados bajo el paraguas. Y tú volverías a oler como esta mañana.

Ella, lógicamente, responderá:

— En quince minutos estoy en tu despacho.

Pero no llamó, y yo me quede dormido en el sofá, soñando con lo que hubiera querido hacer y con lo que hubiera podido pasar. Me despertó el golpeteo de la lluvia en los cristales. Caía ahora con más fuerza y sentí que me decía: Eh, tú, a ver si espabilas. Miré la hora. La una y media. Ya era tarde para llamarla, desde luego, así que decidí esperar hasta el día siguiente.

Prendí un cigarrillo y noté vacío el estómago y caí en la cuenta de que no había cenado. Apagué, pues, el pitillo y fui a inspeccionar la nevera. Había fiambres y me preparé un emparedado. No era la primera vez que me quedaba dormido en el despacho. La verdad es que en esos días me venía ocurriendo con bastante frecuencia y el sofá ya era mi cama predilecta. Mientras devoraba la improvisada cena, cerveza en mano, fijé la vista en los cristales y comencé una vez más a elucubrar.

— Hola — exclamaba la protagonista, deteniéndose a un metro escaso de mí. Y ante mi cara de bobo — : ¿No me reconoce?

— Sí, sí, claro — balbucía yo, ciertamente acobardado por su euforia.

— Y qué, ¿trabajando? — reía, la muy guasona —, ¿espionando a alguien?

— Pues no exactamente.

— No exactamente — repetía la dama, satirizando mi forma de hablar. Y a continuación, rozando con sus carnosos labios mi oreja — : ¿Buscando, entonces, una chica para pasar el rato? — y me lamía el apéndice auditivo.

— Nos está viendo todo el mundo — observaba yo, apartándome de golpe, y, efectivamente, no tardaba en comprobar que éramos el blanco de todas las miradas.

Pero ella, tras contraer hombros y cara en un estudiado gesto que venía a decir: Pues que miren, se arrimaba nuevamente a mí y, con el rostro descompuesto por el deseo, susurraba:

—¿Qué hay de esa pistola que me ibas a enseñar?

Apuré la cerveza, engullí el último bocado y, mientras encendía el cigarrillo de rigor, me dije que ya estaba bien de ensoñaciones, que ya era hora de pasar a la acción. Cogí el teléfono, lo coloqué sobre mi regazo y, tras poner el casete en funcionamiento, marqué el número de la mujer.

—¿Sí? —articuló ella, cuando ya estaba a punto de dejar el asunto para el día siguiente.

—Buenas noches —pronuncié con suavidad, la música de Fred al fondo.

—¿Con quién hablo?

—¿No reconoces mi voz? —le pregunté, impregnando mis palabras de sensualidad.

—Pues no.

—Qué mala memoria —observé en tono burlón—. ¿Quieres una pista?

—Oiga, lo que quiero es dormir, así que déjese de juegucitos y métese en la cama. ¿No le da vergüenza, a su edad?

La dureza con que lo dijo me dejó helado. No tuve más remedio que colgar. Me quedé mirando el teléfono con aprensión hasta que gradualmente fui recuperándome. Y enseguida me espeté: «Pero ¿cómo querías que reaccionara a las dos de la madrugada?». Sí, ese había sido el fallo, abordarla en el momento equivocado, así que me dije que sería mejor esperar a que volviese al despacho, cosa que ocurrió dos días después.

—¿Por qué me preguntó anteayer si siempre soy tan aburrido? —le solté en el instante clave, justo cuando comenzaban a sonar los primeros acordes de *Isn't this a lovely day?*

Ella me miró con fijeza y entonces caí en la cuenta de que no era aburrido sino serio, lo que había dicho, y, encogiendo el cuello, observé en voz baja:

—Perdone —le enseñé la palma de la mano—, dijo serio, ¿verdad?

—¿Cómo?

La cosa no funcionaba y el rubor me congestionó la cabeza. Y lo peor es que ella se dio cuenta y frunció los labios de una forma que, vamos, que se me aflojaron las piernas, y eso que estaba sentado. No sabiendo qué hacer, resoplé, embarazado, y volví a la carga como quien huye hacia delante.

—¿Que por qué me preguntó el otro día si siempre soy tan serio? —y aparté la mirada.

—Pues la verdad (!) —replicó ella en un tono que me rompió todos los esquemas—, no recuerdo haberle preguntado semejante cosa. —Y a renglón seguido, con el entrecejo fruncidísimo—: ¿Para qué iba yo a preguntarle eso?

En vista del cariz que estaba tomando la conversación, me hice el loco y regresé al asunto que nos ocupaba, pero ya no di pie con bola, y ella, en vez de sentirse atraída por mi torpeza, tal como yo creía que debía ser, se puso en un plan de lo más estúpido y acabó profiriendo: «Pero ¿qué le pasa? De verdad se lo digo —me apuntó con un índice envenenado—, me está resultando usted bastante incompetente, y como no estoy dispuesta a poner mis asuntos personales en manos de un pelagatos, ahí se queda». Hizo un gesto bastante gráfico y no menos obsceno —utilizando para ello un dedo medio que se me antojó excesivamente huesudo e insultante— y salió del despacho pegando un portazo.

—Qué desastre —musité.

La voz de Fred tomó fuerza en el silencio que siguió. Cantaba A foggy day. Me quedé escuchándole hasta que la cinta llegó al final. Entonces me puse en pie y, todavía afectado por el estrepitoso fracaso, caminé como un zombi hasta el frigorífico y me serví una cerveza. Antes de repantigarme en el sofá le di la vuelta a la cinta para que Fred me levantara un poco el espíritu.

Apuré la cerveza en tres tragos y fui a por otra. Tenía sed. Con la segunda prendí un pitillo y cerré los ojos. «Bueno, un tropezón lo tiene cualquiera», me dije, ya más relajado y sonriente. Además, me había dado cuenta a última hora de que la mujer del índice venenoso no valía nada. Sin embargo, la estanquera ya era otra cosa. Más joven, más cariñosa, más abierta. Esa misma mañana, sin ir más lejos, me había preguntado:

— ¿Y es peligroso ser detective?

— Bueno, a veces sí, pero, como llevo tanto tiempo en este oficio, las situaciones difíciles ya forman parte de mi vida.

— Y ¿cuánto tiempo lleva?

— Unos veinte años.

— ¡Veinte! — había exclamado ella, la boca abierta por la sorpresa —. Pues la verdad, no le echaba más de treinta y cinco, y dudo que lleve desde los quince como detective.

— Es necesario estar en forma cuando no sabes lo que te acontecerá en el próximo caso.

— ¡Guau, qué emocionante! ¡Qué envidia me da!

Una gran chica, la estanquera. Y soltera, que siempre representa una ventaja, porque a las divorciadas el resabio las hace intratables. «Decidido, dentro de un rato voy a por tabaco y de paso la invito a cenar».

— ¿Qué, cómo se presenta el fin de semana? — le preguntaré, los ojos entornados.

— Bien, como siempre, al cine con alguna amiga y a dar un paseo por el centro — responderá ella con su habitual sonrisa. Y posiblemente inquiera con picardía —: Y ¿usted suele quedarse en la ciudad o tiene un nidito de amor en algún lugar apartado y romántico?

— Pues sí lo tengo, un pequeño apartamento cerca de Denia, aunque solo voy de vez en cuando.

— Vaya, qué suerte — suspirará ella con calidez.

—Pues si quieres —le propondré, arrastrando las palabras—, podemos cenar allí esta misma noche, en un restaurante que tiene el comedor volcado sobre el mar.

Ante semejante perspectiva, seguro que no podrá evitar dar unos saltitos, y tal vez unas palmadas, si no hay más clientes en el establecimiento, y exclamará emocionada:

—¿En serio? ¿No me toma el pelo? ¡Guau, no puedo creerlo!

Puestas así las cosas, yo me limitaré a encoger un hombro al tiempo que bajo los párpados con lentitud. Seguidamente, pronunciaré a lo Mitchum:

—Entonces, ¿a qué hora te recojo, nena?

P.L. Salvador



NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

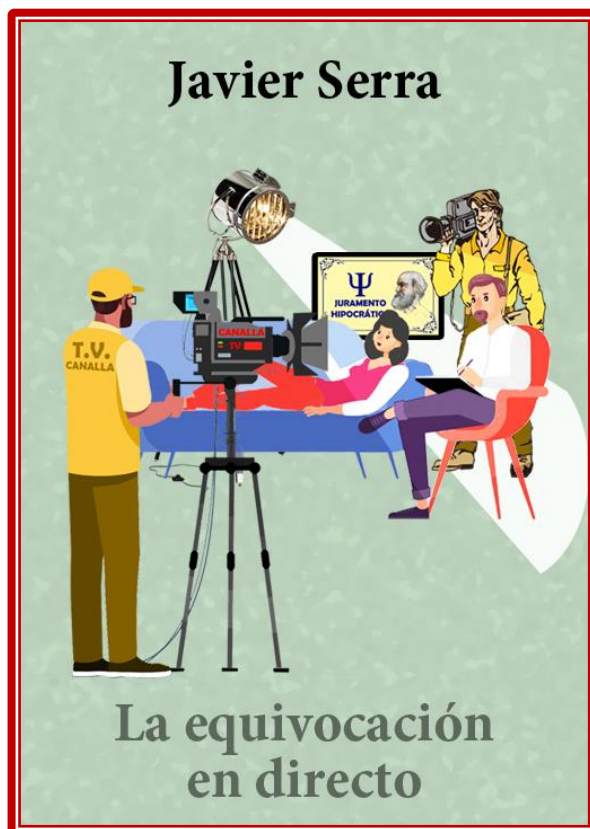
Me ofrecieron quinientos euros por semana y acepté. Ése fue el principio.

Dijeron que instalarían varias cámaras en todas las habitaciones de mi casa, que el programa sería una especie de Gran Hermano centrado en la vida cotidiana de una sola familia. Mi condición de madre abandonada por su marido y a cargo de dos hijos hizo que me eligieran entre decenas de miles de candidatos y candidatas. Una situación difícil y la superación personal que conlleva atraían a la audiencia, me explicaron. No supe si tomármelo con orgullo o con resignación. Poco importaba: en aquel momento mi ex hacía un trimestre que no me pasaba la pensión de los niños y nos veíamos obligados a subsistir con mi miserable sueldo de administrativa. Para nosotros, quinientos euros a la semana era una pequeña fortuna.

Se comprometieron a respetar nuestra intimidad. Bueno, nuestra intimidad más íntima, por decirlo así. No habría cámaras en los baños, aunque sí micrófonos. Tampoco nos enfocarían directamente en nuestras habitaciones. Fue curioso constatar la velocidad con la que las personas nos acostumbramos a cualquier cosa.

El programa empezó a emitirse. No sólo todo lo que hacíamos en casa era observado por los espectadores, sino que siempre había un equipo de TV preparado para seguir nuestros pasos en directo cuando salíamos. Estábamos en el aire las veinticuatro horas del día, y lo único que debíamos hacer consistía en actuar con la mayor naturalidad posible, nada más. Así de fácil.

Al cabo de tan solo dos semanas ampliamos el contrato. Me informaron de que la audiencia femenina sobrepasaba cualquier expectativa y que nuestras aventuras daban mucho de qué hablar entre



hombres que hasta entonces nunca se habían enganchado a este tipo de *realities*. Por lo visto, algunos querían aprender de mí, mientras que otros me utilizaban como excusa para abdicar de sus responsabilidades en sus propios hogares. Me dijeron que me estaba convirtiendo en un “fenómeno sociológico”. Yo no sabía qué significaba eso. Si quiere que le diga la verdad, lo único que me impulsó a continuar fueron los dos mil euros que me ofrecieron por semana, más de lo que yo ganaba en mi trabajo en un mes entero. A cambio, debíamos introducir en nuestro hogar publicidad encubierta: consumir determinadas marcas de comida, lucir cierta ropa, intercalar en nuestras conversaciones algún comentario aparentemente improvisado sobre la bondad de nuestros patrocinadores. Todos los gastos estaban pagados. Mi casa empezó a parecerse a la exposición de unos grandes almacenes, y yo comencé a tomarle gusto al tinglado.

Un mes después el éxito era tan completo que la cadena de TV decidió contratar a otras familias para introducir más diversidad en el programa, transformándolo en un concurso. La familia que más votos cosechara entre la audiencia al final de la temporada obtendría un suculento premio final. Ahora ya no bastaba con vivir bajo una lupa invisible, sino que debíamos competir. ¿Pero qué tipo de competición era aquélla? ¿Cuál era su objetivo? ¿Ser más alegres, más encantadores, más originales, más modélicos, más... qué? ¿Televisivos? Sea como fuere, la competencia trajo consigo las recomendaciones: comprar consolas y portátiles a los críos, planificar todos los fines de semana al detalle, viajar a los destinos que nos proponían con el fin de convertirlos en una moda... Debíamos ofrecer una imagen moderna y activa para evitar nuestra eliminación. Del programa, se entiende. Una de las sugerencias fue que me pusiera en contacto con mi ex para reconciliarnos. Me lo propusieron sin preocupación alguna por mis sentimientos o por cómo afectaría su regreso a los niños. Simplemente me aseguraron que daríamos un golpe de efecto enorme y batiríamos récords de audiencia. Mi ex era un capullo egoísta, pero aún así intenté localizarle. No tengo excusa, lo sé. El share era para mí la bolsa de valores de mi vida en aquellos días agotadores. Por suerte o por desgracia, no lo conseguí. Un amigo suyo me dijo que se había marchado al extranjero. Quizá no me crea, pero me sentí como si me hubiera dejado tirada por segunda vez.

El ambiente en casa se enturbió. Los niños aprendieron a desobedecerme y se encaprichaban por cualquier cosa, y yo no podía negarme a sus deseos: hacerles llorar ante millones de telespectadores nos restaría apoyo popular. Tuve que multiplicarme en casa y en su colegio, donde empezaban a tener problemas de convivencia. Sin embargo, mi omnipresencia y abnegación aumentaron nuestro porcentaje de votos, situándonos como líderes de las familias con más simpatizantes. Nuestro caché alcanzó los 5.000 euros semanales.

La gente me reconocía dondequiera que fuese. Era invitada a decenas de actos sociales. Renuncié a mi anterior trabajo y cambié mis amistades por otras más glamurosas. Me obsesioné con mi apariencia y mi comportamiento. Me convencí de que merecía de lo bueno lo mejor. Sin embargo, cuanto más perfecta quería ser, más imperfecta me veía. Comencé a padecer insomnio.

Prácticamente sin advertirlo, mis hijos se habían autoproclamado señores feudales de mi hogar, y yo les rendía un vasallaje inconsciente. Mis nuevas "amistades" se me pegaban como lapas y aprovechaban mi tirón para hacerse un hueco en otros programas. Cuando su popularidad se consolidaba, me dejaban de lado para criticarme desde la impunidad de los platós. Incluso mi desaparecido ex me llamó para anunciarme su deseo de regresar a casa, que había cometido un error y que aún me quería. Quise creerle, y a punto estuve, pero algo olía mal. Ese no era su estilo. Cuando le dije que me negaba a volver a verle, me confesó que alguien del programa le había inducido a montar el numerito y acabó pidiéndome dinero entre sollozos. Qué patético.

No tardé en enfermar. La audiencia se desmoronó. El estrés, las crisis de ansiedad y un cuadro depresivo no venden. Se aproximaba la eliminación. Entonces se me ocurrió la idea. Mi gran idea. Simple y efectiva. A nadie se le había ocurrido antes.

Propuse que transmitieran mi terapia en directo. Supuse que el programa no tendría dificultades en hallar un psicólogo dispuesto a relajar su código deontológico. Así, todos seguiríamos ganando dinero. Yo desnudaría mi alma y lo que hiciera falta en abierto y el morbo de los televidentes haría el resto. Los productores se mostraron primero sorprendidos por mi audacia y después entusiasmados con las posibilidades del planteamiento.

Y aquí estoy, doctor.

Le veo un poco agobiado por las cámaras y los focos. No se apure. Como ya le dije, nos acostumbramos pronto a todo. En realidad sólo necesito que me responda a una pregunta: ¿por qué tengo tantas ganas de llorar, de gritar e incluso de desaparecer, doctor? ¿En qué me he equivocado conmigo y con mis hijos, si lo único que he hecho ha sido limitarme a copiar el modelo de vida que nos venden los medios de comunicación cada día?

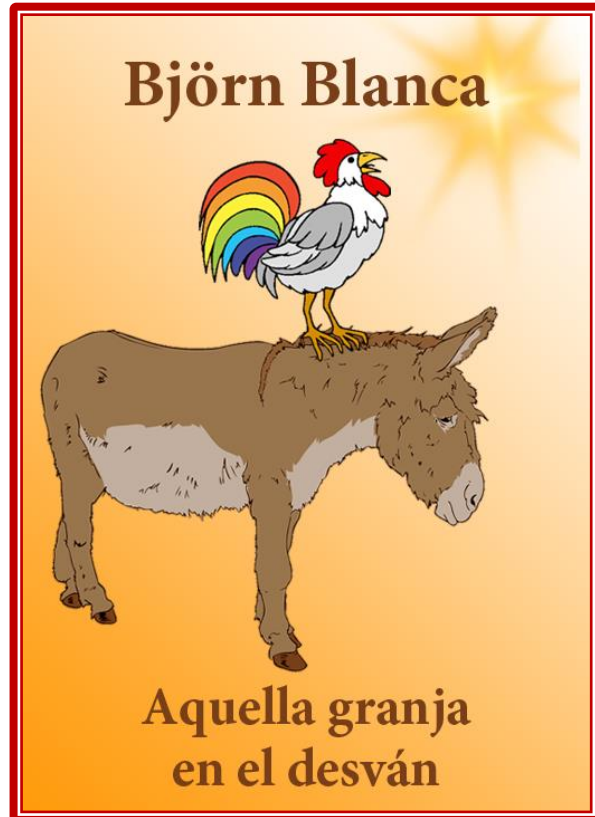
Javier Serra

En el desván, rebuscando entre un montón de cajas viejas, apiladas como en la memoria lo hacen los recuerdos, encontré una pequeña cajita de madera con incrustaciones de marfil. Era muy antigua, su superficie estaba desgastada, y ya no poseía aquella apariencia delicada que sí tenía la última vez que la vi. Cuando era niña solía entrar a hurtadillas en la habitación de mis abuelos para acercarme con sigilo hasta la mesilla; allí sostenía aquel objeto entre mis manos y lo abría con tremendo cuidado, como si me dispusiese a descubrir un cofre repleto de tesoros.

A decir verdad, en dicho recipiente mi abuela no guardaba más que unas cuantas estampillas arrugadas de santos y de vírgenes, las cuales, por aquel entonces, tampoco es que significasen mucho para mí. Mi curiosidad era más bien consecuencia de la extraña atracción que, como una Eva en su paraíso, ejercía sobre mí aquel escrutinio prohibido, una simple travesura infantil que me permitía, de algún modo, sentir cierto poder sobre las creencias más íntimas y personales de mis mayores.

Ahora, casi media centuria más tarde y en un desván en penumbras,forcé una vez más la diminuta cerradura; ésta se abrió con un sonido sordo. Levanté la tapa y una fina pluma de ave se elevó en el aire. Flotó frente a mí unos segundos, balanceándose como un navío en el oleaje, antes de caer en el suelo junto a mis rodillas. Durante esos brevísimos instantes, mis recuerdos flotaron con ella, y mi mente se dejó llevar hasta aquella lejana granja de mis abuelos. Me atrevería a decir que incluso llegué a oír, retumbando en mi cabeza, el soberbio cacareado del gallo del corral; ese gallo que, cada mañana, cumpliendo religiosamente con sus obligaciones, alcanzaba a levantar hasta a los muertos.

En la granja yo solía pasar los veranos de mi niñez. Mientras mis amigos presumían de los viajes en familia que llevarían a cabo hasta



la costa, yo reía por dentro en silencio, sabiendo que mis días transcurrirían felizmente en un paisaje bucólico, en un mundo que, aunque de ensueño, para la mayoría era solamente un campo lleno de cabritos sucios y de gallinas viejas. ¡Pero nada de eso! Aquellos animales, durante un par de meses, se convertían en mis nuevos y mejores amigos. Lo cierto es que no solo había cabritos y gallinas; allí también vivía un gallo arrogante, un perrillo cojo y tuerto que siempre andaba haciendo travesuras y un pequeño burrito despeluchado que se llamaba Pincel. Y también estaban, por supuesto, mis abuelos.

Era un viejo peculiar; como si se quejara de su suerte, mi abuelo Juan Ramón siempre iba soltando a voz en grito:

— ¡Por culpa de Pincel mi vida no es un poema!

— ¿Y por qué dices eso, abuelo? — preguntaba yo con inocencia, que no entendía qué habría hecho aquel pobre animal tranquilo para recibir tales reproches.

— Pues porque si se llamara Platero, los dos seríamos, literalmente, un idilio hecho realidad:

¡Un Platero y un Juan Ramón bajo un mismo techo! ¿Te imaginas?

Acto seguido, tras sus fingidos lamentos, solía darle al asno una palmada en sus cuartos traseros; éste, mientras tanto, mirando a su amo con requerimiento, sabía que aquel gesto era en realidad el preludio a una zanahoria, porque el viejo, en efecto, sacaba luego la hortaliza del zurrón y se la entregaba al animal con un leve brillo en los ojos.

Mi abuelo Juan Ramón — que era, según sus propias palabras, «poeta de boquilla» — siempre estaba también canturreando y tarareando por la granja; bien recitando las letras de alguna cancioncilla popular, bien inventando versos que luego repetía como si estuviese pronunciando una sagrada letanía. Uno de los poemas de los que más se enorgullecía se lo había compuesto, precisamente, al gallo de la granja. Durante una tarde entera, me obligó a memorizarlo en voz alta una docena de veces hasta que me lo aprendiera «al dedillo»:

— Así, cuando yo ya no esté, podrás recitárselo a ese rufián siempre que quieras — me dijo.

Su composición, que era un soneto, decía así:

Hasta al perezoso saca del sueño.
Glorioso sol que despierta su cante;
precioso cacareado distante
del que es sin duda indiscutible dueño.

Es milagro que de algo tan pequeño
Surja un don que hasta a los muertos levante.
Al alba no hay primor más rimbombante
que el gazzate de un gallo con empeño.

Desgallitándose siguiendo el rito
no pierde el ritmo ni el compás ni el son,
como si tal error fuese delito.

Con cresta colorada y espolón,
¿le queda otra opción que no ser gallito,
que no cantar con aire fanfarrón?

Rememoro ahora sus palabras y, extrañamente, con ellas pareciera que estoy escuchando también aquel remoto quiquiriquí. ¡Ay, qué días aquellos! ¿Dónde han quedado todos esos momentos del pasado? ¿Por qué la realidad permite estos crueles totalitarismos del Tiempo? No sé si lo oí de labios de mi propio abuelo, pero lo que sí sé es que los animales en realidad nunca mueren, porque, a diferencia de los hombres, ellos no son conscientes del arrollador paso del tiempo. Y por este simple motivo viven, perpetuamente, en nuestra anhelada eternidad...

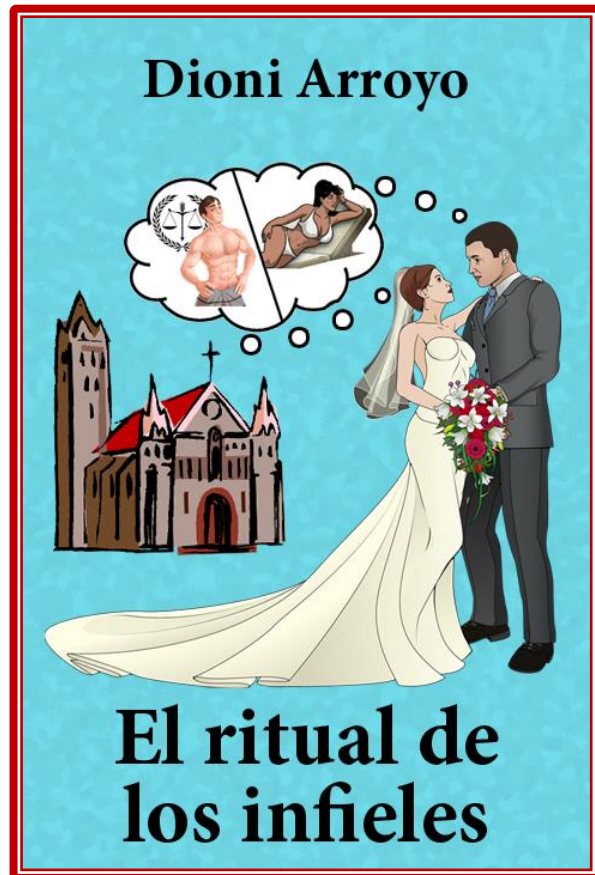
Recogí la pluma del suelo, la introduje nuevamente en la cajita y continué ordenando aquel montón de trastos viejos.

Björn Blanca Van Goch



DE AFRODITA

Era una pareja divertida de aquel pequeño pueblo castellano, pareja que provocaba la envidia porque casi nunca se les veía discutir, y su complicidad siempre iba en aumento. Paseaban cogidos de la mano a pesar de los muchos años que llevaban de novios, y es que era agradable verlos tan unidos, tanto, que despertaban sensaciones contrapuestas de admiración y resentimiento, en unos porque se sentían identificados y henchidos de felicidad, y en otros por el dolor que provoca la soledad y el fracaso de relaciones anteriores.



Él se llamaba Ernesto, joven apuesto, de hombros anchos, mirada altiva y encendidos ojos vivaces y pícaros. Con asombrosa habilidad, mucho esfuerzo y dedicación, había abierto un extraordinario estudio fotográfico antes de la crisis. Desde luego ilusión y ganas no le faltaron y su ímpetu era contagioso. A pesar de la decadencia económica, no le afectaban lo más mínimo las caras de circunstancia de sus vecinos, casi todos asolados por el paro y la desidia. Ernesto sacaba fuerzas de flaqueza y voluntad e imaginación para ingeniárselas y llegar dignamente a fin de mes. Les demostraba a todos que con tesón y fuerza de voluntad, cualquier negocio puede ser próspero. Se especializó en bodas y bautizos, en cumpleaños y eventos académicos. Supo adaptarse a la pésima situación económica, y sus ofertas ofrecían retoques de photoshop y adornos con escenas familiares, festivas y alegres; justo lo que necesitaba la gente sencilla de un pequeño pueblo.

Ella era Lola para los amigos y había estudiado filología francesa con excelentes resultados académicos. Durante algunos años fue dichosa dando clases de lengua francesa en la academia del pueblo. Su extraordinaria capacidad para empatizar, su sensibilidad a la hora de explicar un idioma repleto de singularidades y excepciones gra-

maticales, eran muy admiradas por los vecinos. Se trataba de un idioma que no estaba tan de moda como el inglés, pero tanto turista francés, tanta empresa de aquel país, animaban a más de uno a probar suerte y buscar el refuerzo escolar que tan amablemente mostraba Lola. Sin embargo la crisis no pasó desapercibida para su academia, y a pesar de que bajaron los precios de la matrícula y aumentaron los horarios de clases, la academia quebró. En este sentido es muy importante resaltar que la depresión no le afectó, como se pudiera llegar a pensar en alguien que lleva mucho tiempo en paro; su sonrisa y vitalismo la animaron a practicar la natación en una piscina municipal varios días a la semana, acudir a un grupo de jotas castellanas y aprender a tocar la dulzaina, uno de los instrumentos tradicionales de su tierra. Aprovechaba el tiempo como podía, sabiendo que la ausencia de trabajo era una gran oportunidad para ocupar el espacio de ocio en actividades de las que debía prescindir cuando trabaja. Jovial y entusiasta, no perdía la esperanza en aprobar unas oposiciones para ser profesora. Proyectos no le faltaban, de hecho siempre exhibía una sonrisa inteligente repitiendo que “la vida es un proyecto personal, es el mayor proyecto, y no hay que desperdiciar ni un solo día”.

Eran felices. Últimamente no paraban quietos, como si algo enturbiara su natural estado de armonía, angustiados por la situación económica. El estudio fotográfico de Ernesto no iba muy bien y a Lola se le había terminado el subsidio de desempleo... debían hacer equilibrios económicos para poder irse de cena las noches de los sábados, o para poder escaparse al cine y disfrutar de una noche romántica en la ciudad al menos una vez al mes, como acostumbraban a hacer antes de que todo se torciera.

Cuando peor podría parecer que les marchaba la vida, cuando los rencorosos parecían frotar sus manos con entusiasmo lacerante, Ernesto y Lola tomaron la mayor decisión de sus vidas: casarse. Sus padres que no se lo creían, no cabían de entusiasmo, y los amigos se mostraron encantados con semejante noticia, inesperada pero previsible por el tiempo que llevaban juntos. Una boda es un gran acontecimiento, algo memorable que permanece en el recuerdo, así que el júbilo general, como es de suponer, fue espontáneo y todo el pueblo les dio la más sincera enhorabuena.

Lo que nadie se podría imaginar es que aún había más sorpresas: Ernesto había sido seleccionado para un concurso muy importante, se trataba de un programa de televisión muy poco conocido, un “espectáculo de realidad”, parecía que lo llamaban. Los más ancianos gesticulaban con expresiones graciosas para intentar pronunciarlo en inglés, pero al final todos preferían castellanizarlo porque sentían que hacían el ridículo. Un “espectáculo de realidad”, palabras explosivas que no les decían nada, algo inaudito en lo que nunca nadie del pueblo había participado. Un concurso en directo y televisado, justo lo que les faltaba a los envidiosos para morir de rabia, y es que esta pareja no dejaba de sorprender a conocidos y extraños. Resulta que ese dichoso programa de televisión consistía en que Ernesto debía permanecer interno en una casa enorme con todo tipo de lujos, secuestrado –de forma voluntaria, faltaría más– con otras once personas, chicos y chicas, viviendo con total normalidad, para que psicólogos y sociólogos analizaran sus conductas, infirieran teorías sobre el comportamiento humano y los espectadores pasasen un rato agradable, como si de un experimento con conejillos de indias se tratase. ¡Además se emitiría en directo! Nada más y nada menos que las veinticuatro horas del día, una auténtica locura. El desconcierto, como os podéis suponer fue generalizado, y en todo el pueblo no se hablaba de otro tema.

Los rumores fueron creciendo según se aproximaba la fecha del inicio de aquel espectáculo, y muchos vecinos barajaban la posibilidad de que Ernesto hubiera accedido a entrar en semejante y bochornosa exhibición circense, por una cuestión económica. Todo indicaba que la recompensa por “aguantar” encerrado un mes, era una enorme suma de dinero, porque no se podían creer que alguien renunciara a su vida privada, a su libertad y a estar con la mujer amada si no era por el vil metal. Nadie con dos dedos de frente accedería a estar encerrado durante un mes. ¿Cuál era la miga de aquel absurdo concurso? Cada semana se expulsaría a uno o varios concursantes, que recibirían una compensación ridícula. Solo los que aguantasen la “vergüenza” de pasar el mes entero, recibirían una gran cantidad, suficiente para pagar la hipoteca de la casa y unas buenas vacaciones. A pesar de que el pueblo estaba dividido entre los partidarios de pasar tan amargo trago y los que no lo consentían, la inmensa mayoría de vecinos coincidían en que una pareja joven con ilusiones de boda e iniciar una vida juntos, necesitaba un nivel

de ingresos aceptable, y todos eran conscientes de que la situación económica era dramática para su generación. Más de la mitad de los jóvenes se hallaban en paro, y los que trabajaban lo padecían en condiciones precarias y sin derechos. Como a nadie le sobraba el dinero, las voces críticas se fueron apaciguando según pasaba el tiempo. Poco a poco la gente fue consintiendo que Ernesto ingresara en aquel “espectáculo de realidad”.

Antes de que se lo pudieran creer, llegó el gran día. Lola le acompañó con los ojos enrojecidos a la capital, y entre abrazos, besos y lágrimas, aparecieron unas incómodas cámaras de televisión que capturaron el momento de dolor, y cómo ella le decía “adiós” y “te quiero” con el corazón encogido. Fue muy rápido, semejante a una película americana en la que ellos fueran actores profesionales. Le condujeron por un luminoso pasillo, y ante los aplausos de miles de espectadores que desde una tribuna disfrutaban de la inauguración del programa, fueron entrando en tropel la docena de jóvenes con los que compartiría vivienda por treinta días y treinta noches. Había de todo, mismo número de chicos que de chicas. Algunos confesaban abiertamente ante la cámara que su única intención era ganar mucho dinero, otros, más prudentes, que por encontrar nuevas experiencias, por conocer gente interesante, por echarse novia... o por la legítima ambición de hacerse famosos e iniciar una carrera como actores. Cada cual participaba en el concurso con sus propias motivaciones, personales o públicas, sinceras o falsas, pero ninguno repitió la misma frase. Ernesto se puso nervioso, era evidente que nunca se había colocado ante una cámara y, titubeando, solo acertó a sonreír expresando el entusiasmo que le desbordaba por su próxima boda. A lo que el locutor añadió que se trataba de otro joven que quería dinero para pagarse el evento. A Lola no le hizo mucha gracia que alguien pensara que eran unos muertos de hambre, pero resignada, se tuvo que tragar su orgullo, reconociendo para sus adentros que ese era el motivo. Necesitaban dinero para seguir viviendo con dignidad...

Las cámaras se aproximaron sin reparos a los ojos de Ernesto, anegados en lágrimas por la amarga despedida. A continuación muchas mujeres de mediana edad que contemplaban la escena desde el púlpito, sacaron sus pañuelos y sollozaron con mirada enternecedora. La audiencia se disparaba ante aquellos instantes de sensibilidad extrema. Ernesto, sin saberlo, se revelaba como un joven prometedor

que podía dar mucho juego a lo largo del mes, y las apuestas comenzaron a retar que tenía posibilidades de aguantar hasta el último día.

Algo que pasó desapercibido para Lola, fue cómo algunas chicas que también participaban en el concurso se mordían los labios mirándole de reojo. Las cámaras lo captaron y lo explotaron pensando que aquello prometía.

Para Ernesto fue una vivencia de lo más enriquecedora. Desde el primer día le resultó todo tan especial, que estaba encantado con sus nuevos compañeros. Carecían de intimidad, siempre vigilados por las voraces cámaras que se colaban en todos los rincones, por lo que apenas le restaba tiempo para pensar en Lola, en un espacio tan reducido con seis chicas y cinco chicos con quienes compartir todas las confianzas y todos los momentos del día. No paraban de hablar de la vida cotidiana de cada uno, y el tiempo pasaba rápido y sereno. De eso se trataba. Era tan vertiginoso, que se olvidaban de las cámaras que sin descanso les escrutaban. Pasados los primeros días, comenzaron a actuar con naturalidad, algo de lo que hablaban abiertamente los sociólogos, y era cuando el programa ganaba interés y se podían extraer conclusiones de la vida y mentalidad de jóvenes menores de veinticinco años. Se comportaban como lo harían en su propia casa y con su propia familia. Para Lola era incómodo que él hablase de su vida privada, de su trabajo, de su infancia... de ella... se trataba del duro precio que debían pagar por haber aceptado la participación en el dichoso programa. A diario se organizaban corrillos por el pueblo y todos opinaban sobre las actuaciones y comentarios de Ernesto, si acertaba con determinada declaración o si había metido la pata, lo que descomponía a Lola. En muy poco tiempo sintió que no soportaría muchos más días la ausencia de su novio y comenzó a arrepentirse por haberse dejado persuadir en algo tan descabellado y descarnado para la vida de una persona.

Y contra todo pronóstico y pasada la primera semana, Ernesto comenzó a disfrutar de aquel experimento.

Ella escuchó rumores nada tranquilizadores, alguien en su pueblo había creído escuchar a Ernesto en una conversación matutina con otros chicos, jactarse de lo buenas que estaban algunas de sus com-

pañeras. Lola no estaba segura de haber escuchado semejante tonte-ría, por lo que no le dio la menor importancia.

Cuando aún no había acabado la segunda semana, las cámaras se volvían locas yendo de unos a otros. Los grupos se habían ido transformando en subgrupos menos numerosos, con conversaciones más íntimas y personales, por lo que era complicado seguir las historias personales de todos y cada uno de los jóvenes. Cuando las cámaras se aproximaban a Ernesto, disimulaba volviéndose, tratando de mantener fugaces secretos con sus compañeros... y compañeras. La gente del pueblo comenzó a decir que Ernesto no se separaba de una chica rubia de su misma edad, también fotógrafa, y al parecer muy guapa. Lola no quería dar crédito a aquellas estupideces, aunque reconocía que no podía estar pegada al televisor todo el día, por lo que los acontecimientos del programa le llegaban por las habladurías de los vecinos y no por ella misma. Tan molestos eran, que decidió a media tarde encender la tele, para observar atónita a su Ernesto musitando al oído de una chica que no paraba de sonreírle. Y en primer plano. Ella se alejaba de él y lo hacía contoneando las caderas, y él, como un idiota, se iba detrás de ella... A Lola se le escaparon unas lágrimas. Sintió que aquel experimento estaba llegando demasiado lejos. Lo peor era salir a la calle y observar cómo los demás evitaban su mirada, cómo bajaban el tono de voz. Día tras día, la angustia había comenzado a crecer en su corazón. Ernesto tontea-ba descaradamente con aquella desconocida, que se presentaba ante las cámaras con los labios profusamente pintados de rojo, con las mejillas sonrosadas y rímel en las pestañas. Vestida de noche de sábado, con sus insinuantes curvas, luciendo prominentes escotes que sabía que tanto gustaban a Ernesto.

Lola se levantó al día siguiente con un mal presagio que le hirió como una punzada. Encendió la televisión y ante ella estaba Ernesto en actitud cómplice con aquella desconsiderada. Los subtítulos permitían seguir la conversación, debido a la música ambiental. Pudo leer para su desgracia que ella le ofrecía traerle un postre del frigorífico y Ernesto respondía que le trajese algo tan dulce como ella. Para colmo la muy frívola le daba la espalda y se acercaba al congelador, mostrando su firme trasero a través de unos descarados leggings de los que él no perdía ojo, y le traía un plátano con nata. Le decía que no había encontrado nada tan dulce como ella, pero que los plátanos eran su fruta favorita. A continuación, Ernesto se incor-

poraba de su silla y se besaban. Y no se trataba de un beso robado. Sus lenguas se movían ardientes, y sus cuerpos se rozaban con arrebatadora pasión. Las manos de él sobaban con absoluta vulgaridad los pechos de aquella desvergonzada, y se podían escuchar hasta sus lascivos gemidos que no disimulaba para excitarle aún más. Se alejaron sibilinamente de las cámaras, y estas se concentraron en otra pareja que hacían lo mismo. ¿Pero qué estaba sucediendo en aquella casa? Aquel espectáculo no podía continuar, ¡alguien tenía que detenerlo! Lola no se atrevió a salir a la calle en todo el día. Tampoco puso la televisión, no podía soportar volver a ver la imagen de su Ernesto con otra mujer.

Algo entre ellos acababa de morir de manera trágica.

Los días pasaron cayendo como una guillotina sobre Lola. Ernesto siguió con sus escarceos sexuales con aquella chica, con más besos y abrazos. En una deplorable ocasión, encendió el televisor y en primer plano apareció su todavía prometido, dando unos vulgares lametazos a los muslos de aquella descarada, como un perro, lamiendo con lascivia, ascendiendo hasta las ingles, recorriendo las piernas de aquella mujer que mientras tanto, saboreaba un helado, chupándolo y abriendo exageradamente la boca para introducirse y volver a sacarlo, dejando que por la comisura de sus labios se escapasen gotas de saliva que recorrían su mentón y cuello... y la cámara captando cada una de aquellas lujuriosas escenas. La postura de Ernesto, arrodillado ante ella, sumiso y desbocado por los instintos sexuales más banales, produjo en Lola un dolor inenarrable. Antes de apagar la televisión, la cámara acertó en la más que evidente erección que disfrutaba él, y en cómo aquella mujer frotaba uno de sus pies desnudos sobre el pene, en movimientos oscilatorios, y para que la humillación fuera más cruel, el locutor acentuaba lo virtuosa que se mostraba aquella mujer al conseguir excitar a Ernesto.

Lo más patético de todo, es que nadie en el pueblo abría la boca. El mutismo era general, lo que golpeaba sin piedad a Lola, porque las miradas inquisitivas acertaban en su marchito corazón.

Cuando quedaban apenas seis días para que terminase aquel infierno que ardía en las entrañas de Lola y consumía sus esperanzas, le llegó una carta inesperada. La abrió con lágrimas en los ojos y sin el menor interés. Se trataba de una certificación urgente del Ministe-

rio de Justicia. Se asustó sin comprender de qué se trataba. Se vio obligada a releerlo varias veces. La notificación hablaba de la urgente formación de un jurado popular para decidir sobre la culpabilidad o inocencia de un supuesto criminal. Lola había sido seleccionada para ese jurado. Estudió detenidamente las distintas alegaciones para evitar semejante suplicio que llegaba en el peor momento, y se percató de que no podía objetar nada en absoluto. Debía formar parte de aquel tribunal de jurado popular compuesto por trece personas, todas con formación académica... y debía incorporarse en cuarenta y ocho horas.

Tras meditarlo algunas horas, llegó a la conclusión de que, en el fondo, aquel acontecimiento llegaba en el mejor momento, justo cuando se estaba ahogando viviendo en aquel pueblo donde todo el mundo sabía de su desdicha. Se comparó con un avestruz que sepultara la cabeza en tierra para desaparecer y huir de aquel pueblo donde decenas de ojos la acechaban día y noche. No podrían acusarla ni de escapar ni de rendirse, obedecía las órdenes del Ministerio de Justicia, carecía de excusas y los demás lo comprenderían.

Se incorporó a la hora establecida en el lugar indicado, donde debía vivir interna un par de semanas hasta dictar una sentencia adecuada sobre el destino de una persona, una responsabilidad que Lola no podía asumir, una responsabilidad para la que no estaba preparada, pero que no podía obviar. La había tocado y no podía negarse. Desconcertada, entró en una sala y conoció las habitaciones donde dormiría, gozando de total intimidad. Por fin percibió un poco de silencio a su alrededor, un mínimo de paz en un lugar donde nadie conocía su desdicha. Se presentaron los trece escogidos, entre los que se encontraban algunos jóvenes de su misma edad, por lo que sonrió a su destino por primera vez en varias semanas. Sus compañeros parecían bastante amables y tan desorientados como ella, a todos les había pillado in fraganti la constitución de aquel jurado popular, todos tenían una vida en el exterior, y esta "aventura" iba a suponer una interrupción en sus quehaceres diarios. Desde luego les pagarían un sueldo digno, pero nada parecido a lo que estaba ganando Ernesto encerrado y jugando con aquella rubia. Después de unas pocas palabras con sus nuevos compañeros del jurado, Lola se sintió aliviada al comprobar que eran gente culta que no acostumbraba a perder el tiempo viendo "espectáculos de realidad".

Con enorme celeridad empezó el trabajo, el delicado y exhaustivo trabajo de conocer al juez, al fiscal y al abogado. Así fueron cayendo día tras día, sin conocer ningún detalle del mundo exterior. Vivían en una verdadera prisión inexpugnable, donde su única obligación era concentrarse en el caso en cuestión, ajenos a las influencias del mundo exterior.

Pero también hubo tiempo para conocerse entre ellos. Era parte del trabajo, conocer los puntos de vista de sus compañeros, los diferentes ángulos de visión del caso, los argumentos que defendían, cómo empatizaban con la víctima y el supuesto culpable. Lola se encontraba absorta en tal encomiable misión, embelesada, sintiéndose útil, cuando otro compañero, un joven de ojos azules y mirada cautivadora, le dijo una mañana por sorpresa lo hermosa que era...y en francés, un idioma que en poco tiempo descubriría que ambos dominaban —se daba la causalidad de que los dos habían estudiado filología—. La pilló desprevenida y se ruborizó, ella siempre había vivido en el pueblo y no estaba acostumbrada a escuchar zalamerías de chicos de ciudad; siempre pensó que podían llegar a ser demasiado bravucones y maleducados, pero este chico que se llamaba Tomé se mostraba muy sensible, y su mirada despertaba una conmovedora impresión de sinceridad. Se sintió importante, que era “alguien”, que salía del anonimato y aquello le daba una confianza que había perdido, así que decidió pintarse los labios de una tonalidad leve... que al día siguiente fue un rojo más intenso, como lo fueron las palabras de aquel galante chico que no paraba de buscarla por los pasillos y decirle frases tiernas. Por primera vez en mucho tiempo, era alguien para alguien.

Cuando expiraban los días para la sentencia, llegó el primer beso. Un beso dulce, sensual y breve, un beso tan arrebatador como robado, a espaldas del resto, buscando el particular paraíso que fuese trascendente para dos jóvenes, que lo viviesen y sintiesen en su fuero interno, un regalo que se otorgaban simplemente por ser como eran. El sentido más elemental del beso, reconocer al ser querido, demostrar amor, fue el sentimiento que inundó el corazón de Lola. Y a ese tierno e inocente beso le siguieron otros, menos ingenuos, anhelados besos que se prolongaban en los momentos de confianza, en los pasillos vacíos de la segunda planta de aquel piso búnker, aprovechando que los demás se hallaban reunidos en el salón o en la sala de estudio.

A las pocas horas, en el momento del crepúsculo, después de un día agotador de deliberaciones interminables, cuando ella salía de una relajante y recuperadora ducha, Tomé llamó a su habitación con insistencia. Lola se asustó, se cubrió con una sencilla toalla y abrió la puerta desconfiada, y se encontró de sopetón con aquellos hermosos ojos azules. Él cerró la puerta tras de sí y le dijo lo mucho que deseaba estar a su lado a solas. Lola actuó de una manera inconsciente... ¿o tal vez deliberada y consciente? Por primera vez en mucho tiempo era dueña de su destino, todo dependía de su decisión y actuó con total libertad: soltó su toalla impulsada por el cautivador anhelo de sentirse deseada, y mostró su cuerpo desnudo ante él. La mágica luz de la luna llena inundaba la habitación con una seductora tonalidad azul turquesa, dibujando y exaltando su figura con atractiva sensualidad. Y él la besó ardientemente, y no solo en la boca, su lengua recorrió su cuello, sus hombros y sus pechos con un ritmo acelerado y una respiración cada vez más afectada. Con embriagadoras ansias mordió sus pezones sonrosados, chupándolos, lamiéndolos con delectación, una y otra vez mientras ella lo arrastraba hasta la cama, y sintió cómo la lengua de aquel hermoso efebo que los dioses le regalaban, se sumergía entre sus piernas con la ferocidad de un lobo hambriento. Comenzó a gemir guiada por el sabio instinto, y sintió cómo ese detalle le enloquecía aún más. Ella sabía que se encontraba muy húmeda, pero lejos de sentir vergüenza por ese detalle, dejó que él se alimentara de su sabroso néctar, separando aún más los muslos, facilitando su trabajo, que no parase de saborear y succionar con su lengua endiablada. Así hasta que Lola decidió que había llegado el momento de la penetración. El momento en que un fuego abrasador ardería en sus entrañas pidiendo más y más guerra. Ella se volvió ofreciéndole su trasero, que él solía enaltecer y admirar con absoluto deleite, y en esa posición, sintió cómo su soberbio miembro se hundía en las cavidades más íntimas, sintiendo un placer inenarrable que en muy pocos minutos desembocaría en un éxtasis que la conduciría al paraíso. A un paraíso merecido y reconfortante.

Los siguientes días no podían impedir que una sonrisa les acompañara en todos los momentos de la investigación. Daba igual que estuviesen debatiendo la postura de la víctima en el momento de morir supuestamente asesinada, o cómo manejaba el cuchillo el culpable; escabrosas escenas en las que sus compañeros dilataban las pu-

pilas preocupados, atemorizados, indignados por la tragedia que debían desentrañar... Lola y su amante no paraban de sonreír de forma cómplice y divertida.

En el momento del almuerzo, cuando se repartían las tareas para el receso de tan delicado trabajo jurídico, los dos se escabullían sin dar explicaciones, y aunque todos disimulaban, ya sabían la causa de la felicidad que irradiaban los ojos de ambos. Fueron sin pensarlo a la habitación de Lola, y en un acto de suprema habilidad, las manos de él se deshicieron de su falda en muy pocos instantes, y sin que se percatara, Lola se rio al comprobar cómo su sujetador también caía al suelo.

Ella comprendió lo que era la pasión, el fuego que ardía en su interior. Con sus dedos acarició su pecho, el torso de un hombre diferente a Ernesto, de un hombre que le enloquecía con sus ojos azules y su mirada cautivadora. A continuación, fue él quien besó sus pezones para provocar que se le erizase el vello del cuerpo. Con una de sus enormes pero suaves manos, acarició su clítoris y sus labios vaginales, mientras le susurraba eróticos versos en francés. Ella acompañó aquellos movimientos con sinceros gemidos, y a partir de aquel momento, el frenesí pasional se adueñó de sus vidas, como si fuese un espíritu que acababan de despertar y que cabalgaba impulsado por el poder del deseo. Ese espíritu que les envolvía dichosos les pedía guerra, fuego, más y más fuego abrasador, dejarse llevar en un viaje donde el sexo les conduciría a la gloria.

El último día, sabedores de que a las doce debían estar todos presentes para dictar sentencia y motivarla de manera individualizada, Lola estaba en la cama, abrazada a Tomé, encima de él, disfrutando del mayor de los placeres terrenales sin medir las consecuencias... sin parar de moverse de forma salvaje hasta que el orgasmo detuvo el infernal vaivén y con júbilo los dos se tumbaron bocarriba recuperando el aliento. Miraron el reloj y entre risas se vistieron a toda velocidad para acudir a tan trascendental acto, y a duras penas, conteniendo la emoción, pudo Lola expresar su dictamen: "le considero culpable de todos los cargos". Sin parar de sonreír.

La boda se celebró según lo acordado. Tal como estaba previsto, no se variaron los planes en absoluto. Con el dinero ganado en el pro-

grama televisivo, pudieron pagar la hipoteca, ampliar el estudio fotográfico de Ernesto, abrir una academia de francés para que Lola pudiera trabajar, y hasta irse una semana de vacaciones a Portugal. Se sentían henchidos de felicidad y nadie en el pueblo abrió la boca, como mucho para compadecerse de Lola, diciendo para sus adentros: “pobrecilla, lo que le habrá tocado sufrir...”

Después de la luna de miel, un orgulloso y altanero Ernesto volvió al trabajo, satisfecho por la comprensión de Lola ante sus “frívolos escarceos”. Al fin y al cabo Lola le había creído, porque todo fue culpa de la otra desvergonzada que se aprovechó de la ingenuidad de Ernesto. Él le había repetido una y otra vez que a pesar de su deplorable actitud, no habían llegado a acostarse, y entre lágrimas repetía una y mil veces lo mucho que amaba a Lola.

Lola, “demasiado comprensiva” para sus vecinos, un ejemplo a seguir para muchos, se marchó a la capital para trabajar en su recién inaugurada academia de francés. Acababa de contratar a otro filólogo como ella, un joven apuesto de ojos azules y mirada cautivadora...

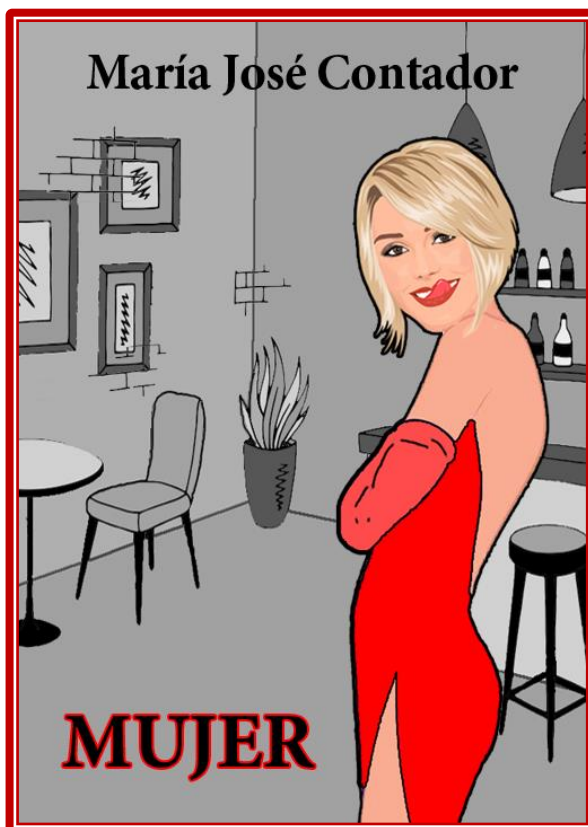
Diana Araya

Dejaste ver un poco de tu muslo, un poco más arriba aún, él estaba lejos pero no te miró.

Sin entender lo que estaba pasando quisiste morir de deseo por un desconocido, por primera vez, te sentías invisible.

Tu cuerpo, todas sus células, se abrían como una flor que espera radiante el polen que consumara su existencia.

Inconsciente de esta fruición animal él desapareció delante de ti, con una indolencia hiriente se levantó y salió del local.



Humedeciste los labios intentando corregir lo que no era sed sino deseo y ausencia. La lengua se deslizaba con suavidad por el contorno de tu labio superior, obligatoriamente, con lentitud, disfrutando instintivamente el sabor a piruleta del glossy labial.

Tu pensamiento único era involuntario. Una palpitación íntima te sacudió. Tu mano acudió al socorro de ese lugar que tanta atención reclama a veces y ejerciste una ligera presión sin pensarlo siquiera.

Aun así lo seguiste con la mirada.... lo buscaste desde la silla húmeda... con la sensación de que estaría aún cerca, por fin lo descubriste ya fuera del local. Te abriste camino entre la gente de las mesas hacia él como atraída por un extraño efecto magnético. Tropezaste en el perfil de la puerta. Y caíste como lanzada por una voluntad ajena, como si algo te hubiera empujado a sus brazos, a su torso y a su cuerpo endurecido por su extraordinaria virilidad. Sentiste esa mezcla de ridículo manifiesto por un lado y el placer de estrechar ese cuerpo como quien se aferra a una única rama para no caer al vacío. Y quedaste de rodillas sujetándote con fuerza a sus piernas.

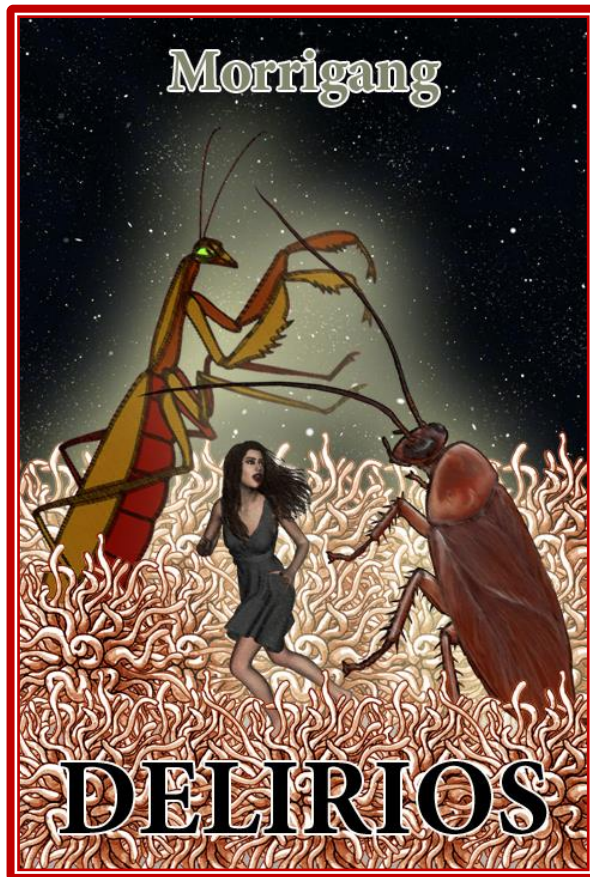
Sorprendentemente él te recogió de entre sus cuádriceps, rechazando su ayuda te levantaste, te recompusiste la falda... te colocaste

bien el zapato y, con el bolso en la mano, despeinada y cojeando levemente, con una media sonrisa en la boca te alejaste sin mirar atrás.

María José Cantador



EN VERSO



Habito un lugar lóbrego y sombrío
Que cual titánico bostezo
Absorbe toda la luz
Mientras atiza tormentos
Imaginados o vividos
Hundiéndome sin remisión
En este marasmo recóndito
Donde surgen los parásitos
De inútiles sacrificios
Atisbo criaturas grotescas
Que trepan al infinito
Los horrores se van posando
Cual abono en lo profundo
Nutriendo a los nonatos
Que existen en la potencia
De mi océano maldito
Origen fundamental
De mis odios más antiguos
Adopta anárquicas formas
Esta prole exuberante

De parto desasistido
Busco morir ahora
Por la mano de un amigo
Que ataje el agotador ciclo
De espantosa creación
De los seres aberrantes
Que son mis hijos.



Oda al cansancio

Borracha de chocolate
Cansada de esperar al Destino
Escribo; otra cosa no sé hacer
No agarré fuerte las riendas
Mi vida se ha vuelto salvaje
Quizá jamás la domé
Y camino arrastrando los pies
Por el erial de mi existencia
Levantado el polvo
De los acontecimientos
Lamentando cada palabra
Cada pensamiento
Cada acción
¿Fui tan necia de querer vivir estos tiempos?
¿Escogí a mis familiares y amigos?
¿Elegí los trabajos y los compañeros?
¿De verdad quise los abusos, las humillaciones, los abandonos y las
traiciones?
Busco entre el acervo de iluminados
Que dicen saber de caminos y de salidas
Pero no encuentro a ninguno que aplique su propio cuento
Solo a propagandistas de teorías e ideas
Que ni siquiera son suyas
Comprendo ahora que no existen palabras
Ni actos, ni trucos, ni mantras
Ni artes, ni ciencias, ni magias
Ni energías, ni meditaciones

Ni religiones, ni profecías
Que resuelvan nada
No hay héroes, ni villanos
Que me conmuevan
Mi corazón es una piedra
¿Es este cansancio la venganza de Apolo y yo soy Casandra otra vez?
Añoro al resto de mí, añoro mi casa
Quiero disolverme en el vacío
Entrar en el acogedor olvido
Y ser, o no ser, feliz.

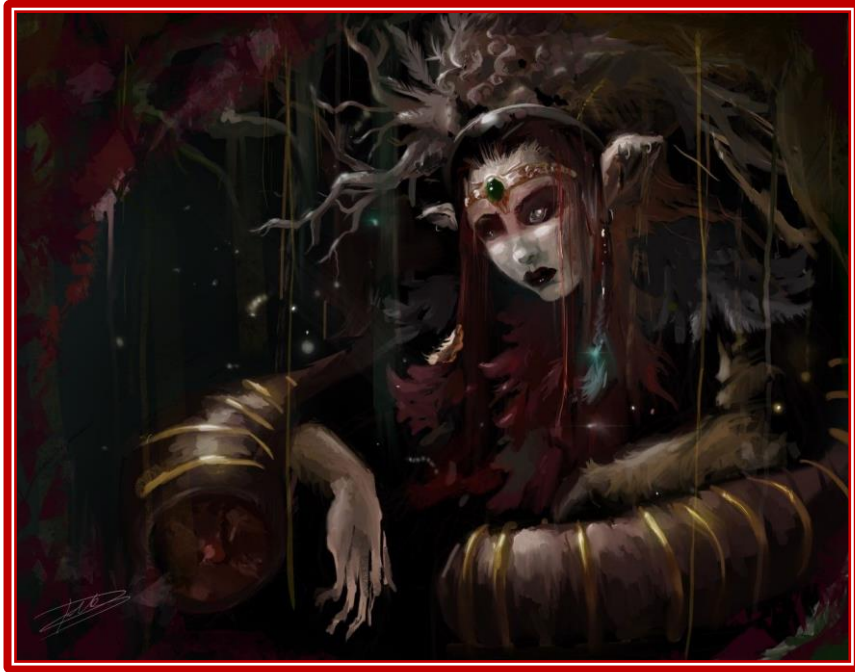


Quisiera escribir la historia más hermosa
Inspiradora, que conmueva
Que aliente desbordantes sueños
De viajes al cosmos
Misterios antiguos
Universos lejanos
Y océanos de estrellas
Que hable de ojos sabios, bondadosos
Pies desnudos en la hierba
Y la brisa enredando una suave cabellera
Que imagine cumbres nevadas
En un día de primavera
Y a la fauna parlante
Y el olor a madreSelva
Que recuerde a los libros y las charlas
Al calor de la chimenea
Que describa la magia, la maravilla
La incertidumbre verdadera
De los idiomas arcanos
Los rostros desconocidos
Los genios, las hadas
Las espadas y las sedas
Escribiría la historia más hermosa
Y viviría en ella.

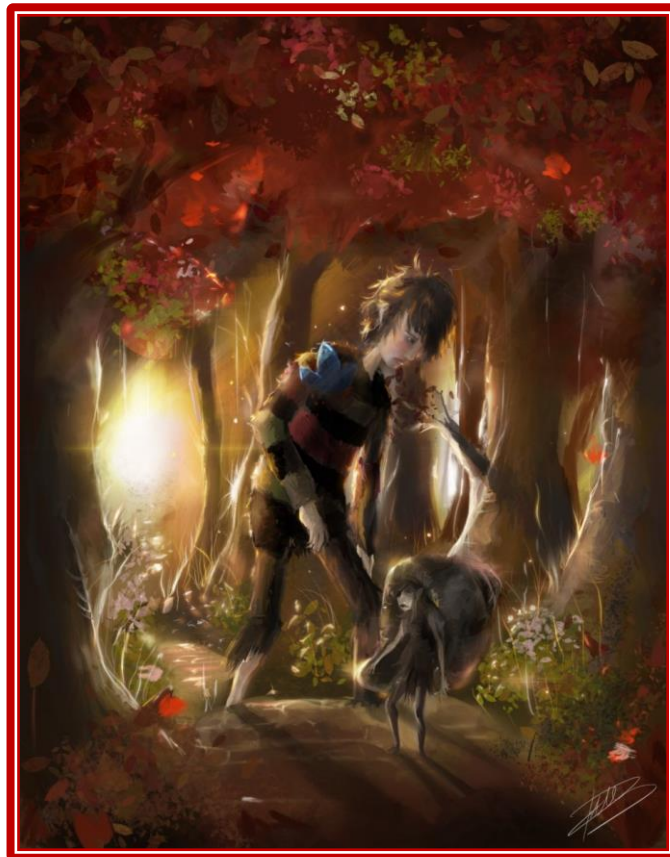
Marrigang



ARTISTAS GRAFICOS



La princesa aburrida



Angus y Edgar



Que la infancia no se la lleve el tiempo



La pepita de oro



Un trocito menos de mí

José María Peña Peña

